

CAPÍTULO XVI.

Gobierno del Obispo Archederra.—Procura dotar á Manila de mejores medios de defensa.—Expediciones contra tirones.—Escribe el Rey de España á los sultanes de Joló y Tamontaca aconsejándoles permitan en sus estados la predicación del catolicismo.—Lleva el rector de Zamboanga estas cartas y es bien recibido.—Pide recursos y efectos de guerra el sultán de Joló, y se le conceden.—Designa el superior de los jesuitas los que han de ir á las misiones de dichos sultanatos.—El sultán de Joló acoge afectuosamente á los destinados á su reino.—Decide pasar á Manila; altérase su hermano Bantilan porque no le encarga del gobierno, y es herido el sultán alevosamente.—El datto Salicaya aconseja á los jesuitas vuelvan á Zamboanga, como lo verifican.—Sábese después que fué destronado Ali-Mudin por Bantilan.—Pasa aquél á Zamboanga y se embarca para Manila.—Sospechosa llegada de joloanos al presidio.—Precauciones del gobernador.—Incidentes de la misión de Tamontaca.—Teme el P. Moreno ser víctima de los mindanaos y regresa á Zamboanga.—Llega á Manila Ali-Mudin y es fastuosamente recibido.—El gobernador le promete su protección y le distinguen á porfía las autoridades y corporaciones.—Aconseja el Obispo-gobernador al sultán abjure el mahometismo.—Pide el sultán el Bautismo.—Rehusa el Arzobispo concederlo, sospechando de su vocación.—Interesado el gobernador, practícase la ceremonia en un pueblo de su diócesis.—Festejos con este motivo.—Proyecta reponerlo en su trono, pero la penuria del Tesoro no lo consiente.

En virtud de hallarse vacante el Arzobispado, y conforme á lo dispuesto por Reales despachos de 15 de Agosto de 1734, entró á gobernar las islas el Obispo electo de Nueva Segovia, D. Fr. Juan de Archederra, dominico, natural de Caracas.

El Obispo-gobernador, después de inspeccionar las

murallas y fuertes de la plaza, decretó la fundición de artillería de á 18, reedificando el polvorista. Análogos cuidados dedicó á Cavite, donde hizo construir un baluarte para la defensa del puerto. También adquirió en Batavia cañones, fusiles, balas, plomo, salitre y anclas, por medio del francés D. Antonio Piñón, abasteciendo á los almacenes de todo género de pertrechos.

En 29 de Octubre ordenó al gobernador de Zamboanga que procurase despachar anualmente, en las monzones favorables, una expedición á las islas de los tirones, súbditos del datto Curan, de la isla de Borneo, vasallo del rey de Joló, á quien cada individuo contribuía anualmente con un tael de oro, en este metal ó en lantacas ó nido.

El 16 de Febrero de 1747 concedió al pueblo de Guivan (Samar) armar sus embarcaciones con 500 hombres de guerra y boga, permitiendo hacer esclavos suyos á cuantos piratas tirones cogiesen, y entrar en sus territorios á sangre y fuego, como ellos lo hacían en el nuestro (1).

Estos piratas infestaban con sus escuadrillas los mares de Luzón, atreviéndose á cometer sus fechorías en las costas de dicha isla. Salieron dos pequeñas expediciones contra ellos, á cargo de D. Pedro de Guevara y de D. José Valverde, respectivamente, pero no consiguieron otra cosa que el ser testigos de sus estragos, por haber desamparado ya los puntos á donde en su busca acudieron (2).

(1) El año 1751 contaban los tirones más de 40 pueblos. Los sultanes de Joló y Mindanao solían piratear bajo el nombre de estos isleños, achacándoles sus devastaciones, dando por pretexto que eran rebeldes á sus mandatos y que no podían dominarlos.

(2) Puntual relación de lo acaecido en las expediciones contra mo-

En Mayo se presentaron ante la isla de Basilan dos navíos holandeses, cuyo jefe trató de ganar á los indígenas con algunos regalos, á fin de que permitiesen el establecimiento de una estacada en tierra, para tener un puerto abierto en dicha isla. Se opuso á este propósito la mayoría de los principales, y especialmente la esposa del príncipe Curandin, aconsejándole que se apoderara de los buques. Así trató de hacerlo, penetrando en el navío en son de paz, prevenida de antemano su gente para que pasaran á cuchillo á nueve holandeses que habían quedado en tierra con un bote, como lo ejecutaron. Pudo Curandin dar muerte al capitán, á un sargento, al cirujano y á varios centinelas; mas la marinearía de proa puso los cañones hacia donde estaban el príncipe y los suyos, siendo muerto aquél y cinco más, quedando 15 mal heridos. Los holandeses abandonaron á Basilan sin pretender otra venganza por la perfidia de los moros (1).

La perfidia de los joloanos corría parejas con su grande hipocresía, de que es ejemplo elocuentísimo el hecho que vamos á narrar.

El rey Felipe V, á instancia de los jesuitas, escribió en 1744 á los sultanes de Joló y Tamontaca, Ali-Muddin y Ameril Mahomenin Camsa, indicándoles la conveniencia de que autorizaran la predicación del Evan-

ros, tirones, malanaos y camucones, destacadas en los años de 1746 y 1747.

Continuación de los progresos y resultas de las expediciones contra moros, tirones y camucones en este año de 1748, con noticia de los principios de las nuevas misiones de los reinos de Joló y Mindanao, por Fr. Juan de Archederra.

(1) De lo acaecido en este presidio de Zamboanga, desde el día 1.º de Mayo de 1747, por D. Juan Perez del Pulgar, gobernador de la plaza.

gelio en sus estados. Estas cartas se recibieron en Manila por Julio de 1746.

El gobernador decidió enviarlas originales, comisionando, de acuerdo con el superior de los jesuitas, para Tamontaca al padre jesuita Francisco Sassi, rector de Zamboanga, y al sargento mayor D. Tomás de Arrivillaga, y para Joló al P. Sebastián Ignacio de Arcada, con el expresado Arrivillaga (29 de Agosto).

En ambos reinos tributaron á los embajadores toda clase de honores, recibiendoles con salvas de artillería.

También escribió el Rey al provincial de los jesuitas, participándole haberlo hecho á los sultanes de Joló y Tamontaca, con encargo de que enviase misioneros á dichos reinos.

En Joló tuvo efecto la recepción de la regia carta el 1.º de Setiembre, yendo el príncipe Asin, hermano del sultán, y otros dattos á recogerla á bordo, con una embarcación cubierta de lucidas colgaduras. Hubo, con tal motivo, salvas de artillería de los buques y de la plaza; la infantería española marchaba en dos filas, llevando el estandarte real; la carta del monarca español iba en una gran bandeja de plata; el sultán se adelantó á recibirla, y más tarde obsequió á los embajadores.

Ali-Mudin se mostró completamente dispuesto á cumplir cuanto el Rey de España le encargaba, incluso á que los jesuitas se establecieran en su capital; pero exigía en concepto de indemnización, por su concurso á la campaña contra los tirones, que se le remitiesen 6.000 pesos, 12 picos de pólvora, 12 de clavazón, uno de acero y 12 de hierro.

Después de oír á la Junta de Guerra, resolvió el gobernador auxiliar al sultán con la cantidad y pertrechos que deseaba, yendo al efecto el sargento mayor

Arrivillaga con los dattos joloanos Salicaya y Yumpagavava, que habían llevado á Manila la carta de Ali-Mudin.

El sultán recibió este donativo en Zamboanga, cuyo gobernador puso á su disposición tropas para combatir á los borneos.

El superior de la Compañía de Jesús designó para la misión de Joló á los PP. Juan Inglés y José Villelmi, y para la de Tamontaca á Juan Moreno y Sebastián Arcada, confiriéndoles el gobierno carácter de embajadores extraordinarios, á fin de que fuesen más respetadas sus personas. Dichos jesuitas salieron de Manila para Zamboanga en Octubre de 1747, á donde llegaron el 21 de Enero por dificultades en la navegación. Sin pérdida de tiempo dieron aviso de su arribo á los sultanes de Joló y de Mindanao, pidiéndoles licencia para trasladarse á sus estados.

Ali-Mudin fué á Zamboanga el 5 de Mayo de 1748 para llevar en su compañía á los jesuitas. En esto murió el P. Villelmi. Ali-Mudin, que lo apreciaba mucho, por ser muy entendido dicho padre en la lengua arábiga, mostró gran pesar por ello y asistió á su entierro, regresando en seguida á Joló. En sustitución de aquel padre fué nombrado Patricio del Barrio, quien marchó de Zamboanga para Joló el 6 de Junio con el P. Inglés.

Los recibieron muy atentamente el príncipe Asin y otros muchos magnates. El jefe del país les hospedó en una casa suya, mientras se terminaba la que para ellos había mandado construir.

Según el P. Inglés, ni el sultán ni ninguno de sus súbditos eran afectos á la religión católica, aunque Ali-Mudin disimulaba astutamente por razones políti-

cas (1); los panditas y dattos mostraban más á las claras su disgusto.

Ali-Mudin manifestó á los jesuitas su propósito de ir á Manila para saludar y conocer al gobernador de las islas.

Había convenido con los PP. Barrio y Inglés nombrar gobernador del reino durante su ausencia al príncipe Salicaya; mas luego varió de parecer sin contar con ellos. Designó á Mamancha, joven pandita, casado con una sobrina suya, repudiada por el datto Asin, cuyo sujeto, por espíritu de secta, tenía que serles contrario. Hicieron presente al sultán que ya habían noticiado á Manila la designación de Salicaya; expusieronle sus quejas y su propósito de retirarse, y entonces convino en nombrar á aquel datto. Este acuerdo produjo al príncipe Bantilan grande enojo contra su hermano Ali-Mudin y los padres.

El 1.º de Setiembre se embarcó el sultán para trasladarse á Zamboanga, sin avisar previamente á Salicaya, que estaba en Taligbe.

Llegó la noche hallándose aún la embarcación real en la rada, y desembarcó el sultán con objeto de despedirse de una de sus favoritas. Al retirarse, á eso de la una, le hirieron de una lanzada por orden de Bantilan, que aseguran pagó al agresor seis esclavos y 1.000 pesos.

Corrió la voz de que el sultán había muerto, produciéndose la conmoción consiguiente.

El datto Minbahal, hermano de Salicaya, se apoderó de la fuerza principal. El P. Inglés se hizo custodiar por cinco soldados de la guardia de Ali-Mudin, quien

(1) "El sultán en todo atendía á sus intereses, y en lo que no se oponía á éstos no le causaba rubor el mentir y faltar á la palabra, como tratar con notable artificio enredos que tuviesen cuenta á sus ideas."

le mandó á decir que no fuese á verle, pues su herida era poco peligrosa.

Al día siguiente á las diez entró en Joló Salicaya. Propuso á los padres que se retiraran á Zamboanga en vista del estado de ánimo de los moros, acompañándoles hasta dejarlos en un champán que, á prevención de lo que pudiera ocurrir, les había mandado el gobernador de Zamboanga González del Pulgar.

El mal tiempo los detuvo en Paran un día, y al siguiente volvieron á Joló para proveerse de arroz y agua, artículos que facilitó solícito Salicaya, llegando, no sin trabajo, á Zamboanga el 8 por la mañana.

Los joloanos proclamaron sultán á Bantilan. El destronado Ali-Mudin pasó con 17 pancos á la isla de Basilan, y de aquí á Zamboanga (22 de Setiembre), seguido de su familia y de un numeroso séquito.

El gobernador de la plaza puso á su disposición una chalupa para que, conforme á sus deseos, pudiera trasladarse á Manila.

Bantilan artilló cuatro cottas y dió permiso á los tirones para que saliesen en curso contra las provincias sujetas al dominio de España, enviando además cuatro embarcaciones contra Camiguin y Siquijor.

Había ofrecido Ali-Mudin á sus partidarios volver á los tres meses, para recuperar su reino con el auxilio de los españoles. Pasado este término, se presentó en Zamboanga una hermana del sultán con siete embarcaciones, y muy poco después otro datto de Paran con tres, manifestando que deseaban aguardar al sultán.

Avistaron además desde la fuerza 43 caracoas, una de las cuales fué á Zamboanga á pedir licencia para esperar á su soberano. Se le hizo sospechosa tanta gente al gobernador, y contestó que lo aguardasen en Basi-

lan. Al propio tiempo, mandó armar varias embarcaciones en corso para impedir la introducción de víveres en Joló, cogiendo algunos buques enemigos llenos de arroz, los cuales fueron conducidos á Zamboanga.

El sultán de Tamontaca escribió al gobernador de Zamboanga, notificándole que el datto Gula, hijo de Malinog, se había rebelado, y que, por el estado de guerra en que se hallaba su reino, era conveniente demorar algo la ida de los misioneros. Al propio tiempo le pedía 300 balas de cañón, con la pólvora correspondiente. El envío de estas municiones equivalía á dejar indefenso el presidio, y se limitó el gobernador á remitirle 50 balas y la pólvora necesaria.

También escribieron al P. Juan Moreno el sultán, el príncipe Lincom y su esposa la princesa Sadan, en términos afectuosos, pero sin mostrar decidido empeño porque fuese desde luego á su reino, antes bien, procurando dar largas al asunto (1).

Por muerte del P. Arcada, quedó designado en su lugar, para la misión de Tamontaca, el P. Ignacio Málaga, que fué de capellán de las dos galeras que, á las órdenes de D. José Goicochea, envió el gobernador de Zamboanga con alguna tropa en auxilio del sultán, cuyos enemigos desaparecieron á la vista de los españoles.

Después marchó también á Tamontaca el P. Moreno.

Llegó á Matiling, corte del sultán de Mindanao, recibéndole bien éste y sus dattos (Setiembre de 1748). Mes y medio después trasladó Ameril su residencia á la barra de Tuboc, continuando el padre jesuita aposentado en la casa del sultán, hasta que estuvo concluída

(1) Las cartas y testimonios citados en este capítulo, pueden verse íntegros en el Apéndice.

la mandada construir para él, transcurriendo en perfecta paz sobre cuatro meses y medio. Hizo Ameril las paces con Gula, y se retiraron á Zamboanga las galeras que habían conducido á Tamontaca al padre, quedando para su resguardo 25 soldados españoles y 12 pampangos. En su nueva casa le visitaban frecuentemente los principales dattos. Le contaron, en secreto, que al hacerse las paces entre Ameril y Gula decidieron éstos apoderarse de las galeras de Zamboanga, y que el no realizarlo se debió á que esperaban el dinero y la artillería pedida al gobernador de las islas.

Atemorizado el padre, dijo al sultán que tenía que asistir en Zamboanga á una junta, prometiéndole volver. Accedió á su marcha, después de vacilar algo. El P. Moreno se fué en un champán que á la sazón había en Tuboc. Enterado de todo el gobernador, envió una galera en busca de la guarnición peninsular é indígena, puesto que el padre no deseaba volver á Tamontaca, retirándose la tropa sin dificultad ninguna por parte de los moros.

El 2 de Enero de 1749 fondeó en Cavite el buque que conducía al sultán de Joló. Dió aviso de su llegada al gobernador de las islas, y éste mandó una comisión á cumplimentarle, acompañándole á Manila, hasta quedar instalado en una magnífica casa próxima al estero de Binondo, con las 70 personas de ambos sexos que formaban su comitiva. Una compañía del Real tercio le daba guardia de honor, siendo visitado por las autoridades, corporaciones religiosas y vecinos principales de la capital.

El día 17, designado para la recepción oficial, fué á buscarle el capitán de la guardia en el coche de gala de Palacio. Delante iban seis alabarderos á caballo, y le

seguían multitud de carruajes. Tan luego se puso en marcha el cortejo, dejaron oír sus ecos los cañones de la plaza. El pueblo llenaba las calles; las casas lucían vistosas colgaduras; veíanse arcos, gallardetes y banderas en todo el trayecto, y formados en parada los tercios españoles y pampangos. Las músicas militares saludaban con la majestuosa marcha Real española al sultán, embelesado por tanto fausto y tan grandes honores.

El Obispo-gobernador recibió á Ali-Mudin en una sala adornada con lujosos tapices y alfombras de Persia. Hallábanse á su lado los provinciales y superiores de las órdenes religiosas y las autoridades de todos los ramos.

El Sr. Archederra abrazó afectuosamente al sultán, el cual se mostró reconocido al magnífico recibimiento que se le dispensaba, pidiendo protección para recuperar su reino, que dijo le habían usurpado. El jefe de las islas contestó que gustoso accedería á sus deseos. A la terminación del acto le obsequió con un espléndido refresco, regresando á su morada con el mismo aparato que á su ida á Palacio (1).

Después de este público recibimiento, comenzaron á visitarle á menudo los religiosos y personas más pudientes de Manila, devolviendo muy cortés las visitas á todos. El gobernador lo invitaba á su mesa y á pasear con él frecuentemente, obsequiándole con varios objetos, entre ellos una cadena de oro, un cintillo de esmeraldas y otro de rubíes, etc. En sus conversaciones le aconsejaba que abjurase la religión mahometana. Con frecuencia le decia el Obispo: «Sultán, si quieres volver

(1) *Relación de la entrada del sultán, rey de Joló, Mohamed Ali-Mudin en Manila*, por Fr. Juan de Archederra: 1749.

á tu reino y vencer tus enemigos, hazte cristiano, conviértete á Jesucristo y serás señor de tus vasallos.» En el mismo sentido le hablaba su buen amigo el valeroso general D. Pedro Zacarías.

A sus múltiples atenciones añadió el Sr. Arrecherra el regalo de un rico vestido de tela verde, ceñido de una banda bordada de oro, matizada con diamantes, esmeraldas y rubíes, que se avaluó en 1.000 pesos; tres bastones con puño de oro, una escopeta guarnecida de plata, pistolas, sortijas, etc., etc. A los diez individuos de su guardia les costeó vestidos de seda, y al capitán de terciopelo: igual esplendidez usó con sus mujeres, regalándoles alhajas y vestidos.

El sultán se mostraba muy contento por estas atenciones.

El 1.º de Diciembre de 1749 manifestó al Obispo-gobernador su deseo de ser cristiano. El Sr. Arrecherra, lleno de gozo, participó la grata nueva al Arzobispo, nombrando dos padres jesuitas para que lo fueran instruyendo en la doctrina cristiana. Desde ese momento se vistió á la española, dijo que no quería vivir con sus concubinas y se puso al cuello un rosario. El 10 de Marzo de 1750, informaron los dos jesuitas «que ya estaba suficientemente instruido para recibir el santo sacramento del bautismo.» Ali-Mudin pidió por escrito al Arzobispo el Bautismo, quien desde la Laguna le contestó que siguiera su aprendizaje. Dos veces más reiteró su petición, sin obtener una respuesta categórica.

Sospechaban el Arzobispo y los jesuitas que no era verdadera la vocación del sultán, y que únicamente pretendía verse repuesto en su trono, repugnando por esto el metropolitano de las islas autorizar su bautismo; pero el gobernador, dispuesto á llevarlo á cabo, reunió en

junta á 15 doctores en cánones y letras sagradas: éstos lo examinaron, y, hallándolo suficientemente instruído, se decidió el bautizo de Ali-Mudin, sin más voto en contra que el de los jesuitas. Para que el Arzobispo no pudiera oponerse, se convino realizar el acto en Panique, primer pueblo del obispado de Nueva Segovia.

El Sr. Arrecherra hizo prevenir las embarcaciones necesarias, cuidando también de equipar convenientemente al sultán y á su guardia de honor (1).

El 20 de Abril de 1750 partió de Manila la pequeña flota en que iban Ali-Mudin y el general D. Ignacio Martínez de Faura, designado por el jefe superior del Archipiélago para que lo representase y sirviera de padrino en su nombre, yendo además lucido acompañamiento de españoles, varios religiosos, el séquito del sultán y un piquete del Real tercio. El 28 de dicho mes, en medio del alegre repique de las campanas y del estruendo de las salvas de artillería, se efectuó la solemne ceremonia por el padre dominico Fr. Enrique Martín, asistido de tres religiosos de su orden, recibiendo el sultán el nombre de Fernando I. También se bautizaron dos dattos y cinco principales de su comitiva.

En celebración del fausto acontecimiento hubo iluminaciones, toros, comedias, bailes y otros festejos á costa del Tesoro público. El padrino obsequió al sultán con una gran joya de esmeraldas para adorno del som-

(1) "Al rey se le cortaron cuatro vestidos á la española de muy finos géneros y guarniciones de plata y oro, una casaqueta de camino y su capa de grana, un espadín de oro, otro de plata, con todo su ajuar de este género, y dos sombreros de finas plumas. Estaban también dos de sus capitanes dispuestos al mismo acto, y otros seis mozos de su guardia, y se les cortaron también vestidos decentes á proporción." (P. Concepción.)

brero, un rosario de oro, varias alhajas de valor y dinero para repartirlo á la plebe.

El 5 de Mayo regresaba la comitiva á Manila, donde el rey cristiano de Joló obtuvo fastuosa acogida, saludándole con sus disparos los fuertes de Manila y Cavite.

Los religiosos de Santo Domingo, algunos de San Francisco, el sargento mayor de la plaza y varios oficiales, acompañaron al sultán desde el muelle hasta la iglesia de los dominicos, donde se cantó un *Te Deum*; en seguida fué Ali-Mudin al palacio del gobernador, que le abrazó con efusión, obsequiándole con un magnífico banquete. Lo cumplimentaron después la Audiencia, el clero y el vecindario. Durante cuatro días hubo funciones de iglesia, toros, comedias, mojigangas, fuegos artificiales é iluminaciones.

Deseaba el Sr. Archederra restablecer en su reino á Ali-Mudin; pero como en tres años no se había recibido el situado y escaseaban las tropas, tuvo que diferir su ejecución.

El sultán, para demostrar mejor su lealtad, pidió que fuese á Manila desde Zamboanga su heredero Mahamad-Israel y una de sus hijas, á fin de que se les educase en la religión católica.

CAPÍTULO XVII.

Gobierno del marqués de Ovando.—Incuria de los alcaldes mayores en la defensa de sus provincias.—Precauciones de Bantilan.—Sus arrogantes cartas al gobernador de Zamboanga.—Decide Ovando reponer á Ali-Mudin en su trono.—Divídese la escuadra en que iba el sultán y llega éste con gran retraso á Zamboanga.—El jefe de la escuadra va á Joló, combate con los moros y pactan con él algunos dattos someterse á Ali-Mudin, retirándose aquélla á Zamboanga.—Descúbrese por una carta de Ali-Mudin su deslealtad para con los españoles, y es preso con muchos dattos é individuos de su familia y servidumbre.—El gobernador general ordena la remisión de los presos á Manila.—Disposiciones de Ovando para combatir á los joloanos.—Va un embajador á Borneo y obtiene la cesión á España de las islas Paragua y Balabac.—Sale una expedición contra Joló, no logra ventaja ninguna y se retira á Zamboanga.—Correrías de los moros.—Desgraciada expedición á la Paragua.—Pide refuerzos el corregidor de Iligan.—Inconveniente sistema para decidir el envío de auxilio á los puntos amenazados.—El P. Ducós rechaza á los sitiadores de aquel presidio.—Diversos encuentros con los piratas moros.—Sus estragos en multitud de pueblos.—Heróico combate naval del capitán Figueroa.—Naufraga parte de una escuadra enviada en persecución de los moros.

Por Julio de 1750 llegó á Manila el electo gobernador, en propiedad, de Filipinas, D. Francisco José de Ovando y Solís, marqués de Ovando, jefe de escuadra, natural de Cáceres, encargándose inmediatamente de su destino. Al ser nombrado para este empleo se hallaba en Lima, cuando ocurrió el horroroso terremoto que destruyó el Callao.

Su primer providencia fué inquirir el estado de los

buques de la marina Real, cuya situación era, en realidad, desconsoladora, así como la del Tesoro público (1).

Los joloanos seguían hostilizando á las provincias sometidas á España, merced á la desidia y criminal abandono de muchos alcaldes mayores que, en vez de atender á la defensa de sus costas, empleaban en sus especulaciones mercantiles los buques del Estado, y en su servicio particular á las guarniciones de los fuertes, dejando á éstos indefensos ó arruinarse por el abandono en que los tenían.

Bantilan, en cambio, ejercitaba continuamente á sus súbditos en el manejo de las armas, construía embar-

(1) He aquí los buques que halló y su miserable estado: "Un navío, *Rosario Grande*, podrido en gran parte y quebrantada la quilla; otro, construido en Sual, comido del anay ú hormiga blanca; los buques *Holandes*, *Ojeda* y *San Telmo*, incapaces de composición, y que sólo podían habilitarse para chatas ó lanchones de carga; una falúa, que, aunque sólo había hecho un viaje, no admitía ya carena; una fragata con las cuadernas quebradas y deshaciéndose; seis *caballitos marinos*, inútiles por su defectuosa construcción; una goleta pequeña, que necesitaba completa compostura, y tres champanes que podían servir con menos; una goleta y cuatro chatas. La artillería era en extremo desigual: estaba toda muy vieja y casi inútil; de modo que era preciso refundirla enteramente, como se intentó. El estado de la Hacienda no era menos lastimoso. El *situado* ó suplemento de Méjico, que una Real cédula de 1665 había fijado en 250.000 pesos anuales, estaba reducido por otra de 1696 y varias posteriores á 74.000, y se recibía con tanto atraso, que llegaron á adeudarse por este concepto 800.000 pesos, no contando las remesas que se habían quedado en el fondo del mar con la monstruosa y mal construída y peor tripulada nao de Acapulco, ó habían sido presa de los ingleses ú holandeses, con la plata cambiada en Nueva España por las sederías de China, que constituía el único capital circulante en Filipinas, cuyas rentas públicas no pasaban de 350.000 pesos, mientras que los gastos ordinarios y precisos ascendían á muy cerca de 700.000." (D. Agustín Santayana.)

caciones y fuertes é hizo levantar una fortaleza que artilló con 40 piezas de diferentes calibres, atreviéndose á remitir una carta en extremo arrogante al gobernador de Zamboanga, González del Pulgar, en que censuraba sus castigos á los joloanos, y el que los españoles se entrometieran en sus cuestiones interiores, amenazando con el enojo del sultán de Constantinopla, al que decía haber recurrido (1).

El gobernador, al contestarle, rebatió sus infundados cargos, sin dar importancia á sus ridículas amenazas.

En Mindanao se acentuaba también cada vez más la decadencia del poderío español, habiendo disminuído mucho la población cristiana por la inseguridad que á los misioneros ofrecía su estancia en la mayor parte de sus distritos.

El marqués de Ovando anhelaba reponer en su trono á Ali-Mudin para que refrenara la osadía de sus súbditos; pero al mismo tiempo luchaba con el temor de empeorar las cosas, pues tanto el gobernador de Zamboanga como los jesuitas, decían que ni el sultán Ali-

(1) Véase el Apéndice.

(2) En 1750, según el P. Traggia, "los jesuitas tenían á su cargo la doctrina de Dapitan, con la misión de Ilaya; la de Iligan, con las misiones de Layaban, Langaran, Disacan, Talinga y otras que se van restableciendo, y la de Zamboanga, con las misiones de Bagumbayan, Dumalon, Piocon, Cabatangan, Caldera y Pangbato.,"

"Los agustinos recoletos tenían en la misma isla los pueblos de Butuan, Linao, Ilibon, Hingooc, Habongan, Mainit, Ohot, Tubay, Tandag, Calaglan, Babuyo, Tago, Masibatag, Lianga, Bislig, Hinatoan, Cattel, Baganga, Caraça, Higaguet, Panguntungan, Surigao, Tagayan, Agusan, Manalaga, Pueblo Nuevo, Gompot, Balinuan. Con sus misiones en la isla de Siargao, en los pueblos de Caolo, Sapao y Cabonto, en la isla de Dinagat, y en la de Camiguin los dos pueblos de Guinsiliban y Cartarman, en las cuales administraciones hay 21.000 almas.,"

Mudin fué destronado ni recibió herida alguna, y que representaba esa comedia de acuerdo con Bantilan y los demás dattos, con el propósito de arrojar de sus estados á los jesuitas y enterarse de los medios de defensa que contaban los españoles para, en caso de ser posible, reducir á su dominio las Filipinas, conforme les prometiera un santón de la Meca que había llegado á Joló andando sobre el mar.

Para la realización de aquel proyecto se celebraron varias Juntas de Guerra, presididas por el marqués de Ovando, decidiendo conducir á su país al sultán con las precauciones convenientes.

El 19 de Mayo de 1751 se hizo á la vela la escuadra, compuesta de tres galeras, dos falúas, dos champanes y una goleta, bajo el mando del maestro de campo D. Antonio Ramón de Abad y Monterde. Ali-Mudin embarcó en la almiranta *San Fernando*, acompañándole hasta el buque las autoridades, y en el trayecto mucha gente del pueblo.

Al llevar anclas saludó la plaza con salvas de artillería.

La capitana *Santa Bárbara* y los demás buques llegaron á Zamboanga á últimos de Mayo; mas la almiranta, en que iba Ali-Mudin, mandada por D. Martín de Miranda, perdió la derrota desde un principio, y se vió precisada, por pérdida del timón, á arribar á Calapan, capital de Mindoro, siguiéndole dos falúas. Continuó el sultán su viaje en una de éstas, al mando del alférez D. Juan de Arellano; de nuevo tuvo que arribar á Nahoan, 15 millas al S.E. de Calapan, en cuyo punto permaneció hasta el 19. Fué á Iloilo en un champán enviado de Manila con tal objeto, cuyo capitán era Don Juan Farfán de los Godos. Otro champán le condujo, por efecto de malos tiempos, á Dapitan. De aquí se

trasladó en una caracoa visaya á Zamboanga, á donde llegó el 12 de Julio.

Creyó el jefe de la expedición que no tardarían en incorporársele la galera *San Fernando* y las dos falúas; y á fin de que los joloanos no se aprestaran á la defensa, dispuso, de acuerdo con la junta de oficiales, proseguir la marcha á Joló, fondeando en la rada de dicha capital el 26, después de trece días de penosa navegación. El grueso de la escuadra hallábase á una milla frente á las cottas del sultán y de los dattos Sibuyon y Tandahdalaya, y la falúa y goleta, como de menos calado, más inmediatas á tierra. Al amanecer descubrieron dos champanes chinos sin bandera, que se esforzaban por entrar en el río. Pareciéndoles sospechosos, destacó el jefe tres embarcaciones para reconocerlos: al cabo de breve lucha, sin que el fuego de los fuertes moros contuviese á aquéllas, llevaron á remolque á los champanes. Cogieron en uno 26 chinos y en el más próximo á tierra dos solamente, por haberse salvado á nado los demás.

Mandó el maestre de campo dos chinos á Joló, con encargo de que los arraces de los champanes pasaran á bordo á dar sus descargos, prometiendo respetar sus vidas y su libertad; pero reconociéndose, sin duda, culpables por conducir efectos de guerra á los moros, no comparecieron ellos ni los enviados en su busca (1).

(1) La presa de estos champanes fué después origen de un ruidoso pleito promovido por varios oficiales contra el maestre de campo Abad, acusando á éste de haberse quedado con la mejor parte. También se evidenció que empleaba los buques de la marina Real en sus especulaciones mercantiles, mal muy generalizado en aquella época, á que debe atribuirse en mucha parte el escaso éxito de la mayoría de las expediciones contra los malayo-mahometanos del Sur de Filipinas.

Al día siguiente, muy de madrugada, se reanudó el fuego, pero cesó en breve por haber arriado su bandera roja los fuertes, yendo una vinta á pedir tregua y permiso para conferenciar á bordo el datto Asin con el comandante en jefe, pero transcurrió el día sin que el príncipe moro apareciese. Conociendo que había sido un ardid para ganar tiempo y recibir auxilios del interior, rompieron el fuego ya anochecido, sin ser contestados por los moros, ocupadísimos en su faena de reparar las brechas de los fuertes. Al lucir la aurora del 29, las cottas del sultán y del datto Sibuyon principiaron á disparar izando bandera roja. La del datto Tandahdalaya permaneció silenciosa con bandera blanca.

Decidido el desembarco, se simuló por un punto dado, mientras por el opuesto lo efectuaba D. José de Medina, al frente de 40 soldados españoles é igual número de voluntarios. Llegaron á las primeras casas de la población, rechazando á los moros, y las prendieron fuego; mas por estar á barlovento no se comunicó al caserío restante. Al retirarse á sus barcos intentaron cortarles el paso fuerzas numerosas: el capitán Medina, con temerario arrojo, se adelantó seguido de 12 voluntarios zamboanguenos: acosado de la multitud, perdió la vida en unión de cuatro de los suyos, pudiendo alcanzar sus buques los demás, aunque heridos en su mayoría. La única compensación de esta imprudente refriega fué que en ella sufrió el enemigo muchas bajas.

Durante el día 30 se mantuvo el fuego entre los fuertes y la escuadra, con ventaja por parte de ésta, aunque sin un resultado decisivo.

El 1.º de Junio izó el fuerte de Tandahdalaya bandera amarilla: fué un bote á inquirir el significado de semejante señal, llevando al propio tiempo una carta

para el datto Asin, en que el maestre de campo recriminaba el proceder de los joloanos contra su legítimo sultán y su hostilidad contra España, vigentes aún los tratados de paz que suscribieran. En dicha carta los exhortaba á una amistosa transacción y á la entrega de los cautivos cristianos que tuvieren.

El 2 volvió la lancha á por la contestación. El datto Asin, en carta escrita á nombre de los demás, mostrábase sentido de que los españoles, siendo protectores de su sultán Ali-Mudin y amigos de los joloanos, hubiesen entrado á son de guerra en su rada, apresando dos champanes mercantes de chinos; extrañando, si era su objeto la restauración de Ali-Mudin, no verle ni saber nada de él, cuya presencia y regreso deseaban los principales dattos, para entonces arreglarlo todo amistosamente.

A esta carta respondió el jefe de la escuadra insistiendo en la devolución de los cautivos cristianos, y excitándoles á seguir el partido de Ali-Mudin, para lo cual convenía fuesen á Basilan á ponerse de acuerdo con el sultán, que se hallaba en Zamboanga. Asin ofreció á los mandatarios contestar á las veinticuatro horas.

Los vientos reinantes hacían muy peligrosa la estancia de los buques en la rada de Joló, y se convino en junta de oficiales volver á Zamboanga. El 3 se aproximó la escuadra al fuerte del sultán con ánimo de cañonearlo; mas el datto Asin suplicó que no llevaran á efecto su propósito, por hallarse á espaldas de dicha cotta las casas de los más decididos partidarios de Ali-Mudin, ofreciendo enviar su contestación el 4. Fué la lancha á tierra al amanecer, y á eso de las doce de la mañana regresó con un testimonio en que muchos dattos reconocían la autoridad de Ali-Mudin, compro-

metiéndose á restituir los cautivos que pudieran reclutar (1), si bien de palabra dijeron que á éstos los había internado Bantilan.

También escribían á dicho sultán con promesas de obediencia y fidelidad.

La expedición se retiró á Zamboanga, llevando á remolque á los champanes chinos.

El 25 de Julio fondeó la almiranta *San Fernando* en la rada de Zamboanga, á cuyo gobernador remitía el capitán general una carta en árabe escrita por Ali-Mudin para el sultán de Tamontaca, cuya traducción castellana llenó de asombro á aquella autoridad, pues que manifestaba el artero moro en su idioma que se veía precisado á escribir lo que le mandaban, pero que no creyesen lo hacía por su espontánea voluntad (2), refirién-

(1) "Todos los príncipes que firman este escrito rendimos la obediencia á nuestro rey D. Fernando I, y la firmeza de la amistad á los señores españoles, particularmente al señor maestre de campo, jefe mayor de esta armada. Digo yo el príncipe Asin, en nombre de los demás dattos, que cuantos cautivos pueda reclutar en este reino, quedo á remitir á V. S. con toda seguridad, y en la primer ocasión se remitirán dichos cautivos; y por ser verdad lo firmé y sellé en mi idioma, y todos los príncipes que firman debajo de ésta."

(2) "Me alegraré que el sultán Muhamad Amirubdin y todos sus principales, hombres y mujeres, estén buenos. No me alargo en escribir según tengo pensado, porque sólo quiero dar á entender, por si tuviese el sultán y sus principales y demás gente algún sentimiento porque les envío así esta carta; pues lo hago, porque me es fuerza el hacerlo, por que estoy bajo el dominio ajeno, y cualquier cosa que me mande el que me tiene he de obedecer, y he de decir lo que me dijere que diga; y esto es lo que el gobernador me mandó: que les escriba á Vds. en nuestro estilo; y así, no entiendan Vds. que por mi motivo he escrito, sino por habérmelo mandado; y no tengo que decir otra cosa.

"Escrita el año de 1174 á nueve días de la luna Rabilager.—Fernando I, rey de Joló. (Sello.)"

dose á una carta que por indicación del gobernador había dirigido á aquel sultán exhortándole á permitir la predicación del Evangelio en sus estados y á unirse á los españoles en contra de sus rebeldes súbditos de Joló.

La falsía y mala fe de Ali-Mudin produjo grande indignación entre los españoles: el haber enviado al datto Asin, que decía ser su mayor enemigo, charreteras y hebillas de oro, medias de seda y otras prendas para que se presentase en Zamboanga con más ostentación, como lo efectuó el 30; su empeño en que partieran para Joló sus mujeres, concubinas y criados; su indiferencia hacia las prácticas religiosas; la noticia de que «había apostatado de la fe, haciendo un sacrificio mahometano en Calapán, donde mató un cabrito, hizo de él doce divisiones con muchas ceremonias supersticiosas y lo dió á comer á su comitiva para celebrar la pascua;» y sus conciliábulos, con muchos dattos que, á pretexto de saludarle, habían acudido al presidio español, demostraron que las sospechas de que conspiraba con sus súbditos y parientes en contra de España eran ciertas, y en su virtud, el gobernador de Zamboanga puso presos á media noche del 3 de Agosto las 217 personas siguientes:

Ali-Mudin; sus hijos Muhamad Israel, Muhamad Iapal, Salapudin y Amad; su hermano Asin; su hermana Dayana Panguian Banquiling; cuatro dayanas hijas del sultán; sus cuñados los dattos Datollan, Udyuhan-Pahalaguan, Salilama, Dalapurra y Gupput; su yerno Mustafá; el Jaddí (segunda dignidad de su secta, equivalente á Obispo) Abdula; los panditas Tuhan-Ialip, Tuhan-Iamad, Tuhan-Opay, Tuhan-Ilira y Tuhan-Ialip; el datto Jamudin; el orancaya Apoan; 160 sáco- pes, y 32 concubinas y criadas.

Capturaron además las embarcaciones moras, hallan-

do en ellas un cañón de hierro, 13 lantacas, 6 espingardas, 65 lanzas, 98 crises, 18 alabardas, 14 corazas de malla, dos machetes, tres cerbatanas, balas, cartuchos, pólvora en tíbores y en cajas y otros efectos. Entre los almohadones de uso del sultán había 12 crises.

Al recibirse en Manila el parte de estos hechos, por el mes de Setiembre, la indignación contra el desleal Ali-Mudin no tuvo límites. Todos reclamaban el castigo de tan innoble raza, recordando con pena que excedían de 20.000 pesos lo gastado en obsequiarle y atender á su estancia, sin contar los 6.000 pesos y las municiones enviadas al instalarse los jesuitas en Joló.

El marqués de Ovando dispuso le fuesen remitidos los presos, encerrándolos á su llegada en la fuerza de Santiago de Manila y en la de San Felipe de Cavite.

Dió orden además á la armadilla de Zamboanga de atacar á Joló, y hasta quiso salir en persona á combatir á los joloanos, pero la Audiencia se opuso.

También, por bando acordado en Junta de Guerra (Octubre de 1751), ofreció patentes de corso á los habitantes de las islas, autorizándoles para apoderarse de cuantas embarcaciones, oro, perlas y plata pudiesen coger á los piratas, y para apresar y hacer esclavos á los hombres, mujeres y niños que les cogiesen, sin pagar el quinto ni ningún otro impuesto á la Hacienda (1).

Esta disposición, aparte de ser contraria á las leyes de Indias, que condenan la esclavitud en Filipinas, no podía producir resultado práctico, porque los piratas no llevan ningún objeto de valor.

El 12 de Noviembre murió el ex-gobernador general

(1) Véase el Apéndice.

interino y obispo de Nueva Segovia D. Juan de Archederra.

Para conseguir que los de Borneo estuvieran de parte nuestra, fué á dicho país, en calidad de embajador, Don Antonio Faveau de Quesada, participando á sus soberanos que íbamos á emprender una activa campaña contra los comunes enemigos de unos y otros, joloanos, tirones y camucones. El príncipe Baudhara recibió muy bien al embajador, escribiendo al gobernador general que deseaba unir sus fuerzas á las de España, y en prueba de lo cual, accedió á la cesión de la isla de la Paragua y de Balabac. Mandó además, como presente, diez quintales de cera, dos de pimienta y la cerbatana de su uso con el estuche de jaras ó flechas (1).

La expedición contra Joló, encomendada al maestre de campo Abad y Monterde, salió de Zamboanga á mediados de Mayo de 1752 con 1.900 hombres de desembarco. Tres días tardó la escuadra en formar la línea de combate frente á los fuertes de la plaza y en tender anclotes sobre que bornear, sin que durante ellos la hostilizaran los moros, que se limitaron á preguntar si iba á bordo Ali-Mudin.

Al cuarto día rompieron los buques el fuego, contesándoles las cottas de la plaza. Continuó el cañoneo por

(1) "Orden que lleva el embajador de Manila (á quien ayude Dios) del Rey de todos los príncipes, grandes y oficiales de Borneo, para que todos nuestros vasallos de Balabac y de la isla de la Paragua reconozcan desde hoy para siempre el dominio español y guarden y ejecuten las órdenes del señor gobernador de Manila, á quien cedemos las dichas Paragua y Balabac, reconociendo que los españoles son nuestros amigos firmes y constantes, y renunciamos por nosotros y nuestros hijos al derecho que tenemos á dichas provincias; y si alguno de los príncipes de este reino ó de los grandes y oficiales de él se opusiere á esta determinación, lo declaramos incurso en pena capital.,,

tres días consecutivos sin éxito favorable. Comprendiendo el jefe de la expedición la dificultad de un desembarco, partió para el pueblo de Paran, del que se apoderó, aunque con pérdida de 70 muertos y 85 heridos.

El capitán Pineda fué á Tawi-Tawi con gente de desembarco, pero cortándole los moros la retirada, perecieron casi todos en la demanda.

Viendo el poco fruto de sus trabajos, regresó la escuadra á Zamboanga.

Envalentonado Bantilan, hizo salir sus escuadrillas á correr las costas comarcanas, causando daños inmensos.

Para tomar posesión de la Paragua, mandó el marqués de Ovando á D. Manuel Faustino de Aguirre, con título de gobernador, y de comandante de la escuadra á D. Antonio Faveau; previniéndoles expulsaran á los moros de Ipolote, en cuyo punto enfermó casi toda la guarnición, muriendo 270 individuos. Los expedicionarios regresaron á Cavite con 180 enfermos. Esta desgraciada tentativa costó al Erario 36.976 pesos, y una galera apresada por los moros.

El corregidor de Iligan, D. Felipe Carvallo, expuso al gobernador de las islas la necesidad de aumentar el personal, armamento, buques y sueldos de la guarnición de aquel presidio, que por su posición estratégica constituía un fuerte valladar contra los piratas mahometanos, siendo á la vez el más expuesto por hallarse rodeado de moros aguerridos. Confirmaba estos despaños el misionero de Iligan, P. José Ducós, y antes de adoptar acuerdo alguno, hizo el gobernador que se instruyera el consabido expediente, en que informaron el maestro de campo del Real tercio, los oficiales Reales, el fiscal de S. M., algunos militares concedores de

la localidad, la Junta de Guerra, la de Real Hacienda; y mientras cada una de estas personas ó corporaciones formulaba su dictamen, iban llegando cartas de alcaldes, corregidores y religiosos, con detalles horribles de los estragos que los malayo-mahometanos causaban, ya en Iligan, cercado por 2.000 moros; ya en Leyte, saqueando y reduciendo á cenizas los importantes pueblos de Sogor y Maasin; ya en Carigara, los de Cabaian, Hinondayan y Liloan, y en otros cien puntos más, cuyos despachos de las autoridades locales y cartas de los religiosos volvían á recorrer el largo peregrinaje de juntas, informes y pareceres fiscales hasta acumularse al expediente principal; de forma, que cuando salía de Manila el auxilio, los moros estaban de vuelta en sus madrigueras, cargados de despojos, dispuestos á invadir de nuevo las islas, y á veces, mientras destruían los piratas una isla, ventilaban tranquilamente en la inmediata sus negocios mercantiles los jefes de las escuadras enviadas á perseguirlos.

Dos mil mindanaos, como hemos indicado, sitiaron el fuerte de Iligan por mar y tierra. El P. Ducós, hecho cargo de su defensa, mantuvo á raya á los moros durante dos meses que duró el asedio, y cuando en su auxilio llegaron de Cebú un champán y nueve embarcaciones con 300 boholanos, ya habían alzado el cerco.

La escuadra pasó al río Linamón, batiéndose con los piratas cuatro horas.

Fueron después contra Initao, cuyos naturales se fortificaron en un cerro, bajo la dirección del maestre de campo D. Nicolás Hocón. Acudió en su socorro el P. Ducós, y unidos, los vencieron, cogiéndoles muchas armas y siete embarcaciones de las 39 que componían su armada. También sostuvo con ellos un combate

aquel misionero en las aguas de Lavayan, apresándoles 11 visitas sin gente.

Los piratas cautivaron 80 personas en Langaran, 200 en Pulilan, matando á su principal Lipoy, y 30 en Lavayan, en cuyo punto se hicieron fuertes 3.000 moros, siendo rechazados, con grandes pérdidas, por los monteses de Tagoloan, visita de Cagayán de Misamis, y por los indígenas de Lubungan, buen número de aquéllos, que á una y otra parte acudieron.

Una armadilla enemiga, compuesta de 70 embarcaciones, entró por el río de Iponan, cuyo vecindario se defendió ocho días desde un cerro, bajo las órdenes del cacique Dalabahan, que capitaneaba 40 monteses. La llegada de un sargento, un cabo y 20 soldados procedentes de Iligan, y la de 200 monteses más, les obligó á levantar el sitio, con muerte de 50 hombres, incluso su capitán Manubi.

Un pontín echó á pique, frente á Initao, á dos joangas en que iban 300 moros de Tuboc.

La provincia de Caraga sufrió daños inestimables. En Julio de 1753 aprehendieron los piratas, en Surigao, multitud de personas. Un fraile recoleto, después de vagar cuatro días por los montes, fué descubierto y conducido cautivo á la laguna de Malanao. Otro compañero suyo pudo llegar á Linao, pero falto de razón por el susto y los sufrimientos que padeciera.

Los pueblos de Caolo, Sapao y Cabonto, de la isla de Siargao, fueron saqueados, y muerto su párroco, que intentó defenderse desde un cerro al frente de sus feligreses.

Surigao, Higaquet y Pahuntungan quedaron desiertos con la huída al monte de los poquísimos que pudieron escapar de la muerte ó del cautiverio.

Otra armadilla entró en el río de Butuan. Después

de rendir los moros un baluarte y de incendiar la iglesia y principales edificios, asolaron los pueblos de Tubay, Habongan, Mainit, Talacobon, Hibon y Gingoó. El párroco del partido logró refugiarse en Linao.

En Camiguin impidió tantos daños el valor de sus naturales, dirigidos por el P. Marcelino del Espíritu Santo. Las islas de Tablas, Banton, Simara y Sibuyan perdieron considerable número de habitantes.

Romblón, atacado por mar y tierra, rechazó la agresión.

En Ticao, la gente se fué á los montes con su párroco Fr. Manuel de Santa Catalina, á quien la fatiga hizo quedarse atrás; descubierta, al terminar el saqueo é incendio del pueblo, lo llevaron á Masbate. Se hizo visible al fuerte, para evitar que disparara sus cañones, y pidió 500 pesos que le exigían por dejarle libre. Para el canje concurren á la playa 10 indios é igual número de moros. Éstos se fugaron con los 500 pesos, el cautivo y algunos de los confiados indígenas, sin que del fuerte se atrevieran á hacer fuego, por no matar á dicho religioso.

Culion y Linacapan rechazaron á los moros valerosamente, pero Calamián tuvo que lamentar cautiverios y muertes sin cuento.

De Dayhagan los tripulantes de 16 embarcaciones moras fueron por tierra á sorprender la cabecera de Cápiiz, teniendo que retirarse con pérdida de 26 hombres, en vista de lo infructuoso de sus esfuerzos.

Supo el corregidor de Mindoro, D. José Pantoja, que en el río Nagasavang-Tabig había 17 grandes buques piratas, dispuestos á invadir á Calapan, y llevó al puerto la artillería; pero los moros, yendo por tierra desde Bantayan, se apoderaron de la iglesia. Aturdido al verlos

tan cerca, se fugó en un champán á la provincia de Batangas, con un religioso. Calapan fué saqueada y reducida á cenizas. El prior de la capital, anciano valetudinario, murió cautivo en Joló. En Dongon realizaron bastantes cautivos. El párroco pudo ocultarse en los montes. Al de Calavite le dió muerte un fanático moro.

En otros puntos el saqueo, los incendios y cautiverios fueron grandes, salvándose sólo algunos curas y naturales que lograron internarse en los bosques.

Llegó su atrevimiento al extremo de atacar varios pueblos de las costas de Batangas, siendo rechazados por sus naturales.

Por orden del gobernador de Zamboanga, salió á recorrer la costa de Mindanao la galera *Santiago*, mandada por D. Francisco Esteban Figueroa. El 2 de Octubre de 1753, á media noche, halló buques enemigos y en el acto les hizo fuego. Al amanecer se vió rodeado por 33 embarcaciones de Ilanos. Llevaban éstos de capitana la galera *Santa Rita* y por almiranta la falúa *San Ignacio*, apresadas en las costas de la Paragua. A pesar de tan crecido número de enemigos, no desmayó Figueroa; antes, por el contrario, supo comunicar su ardimiento á los suyos, peleando todos con heroísmo indecible. Viendo que la victoria se hacía imposible, puesto que los contrarios tomaban al abordaje su buque, prendió fuego al pañol de la pólvora, sembrando en su derredor la desolación y la muerte. Los que ya ocupaban la *Santiago* y muchos de los tripulantes de las embarcaciones arrimadas á su costado, perecieron juntamente con los 52 bravos marinos que constituían la dotación de este buque (1).

(1) El gobernador general concedió á la viuda del heroico Figue-

El marqués de Ovando ordenó á D. Miguel Gómez Valdés que saliera con dos galeras, una balandra, un champán para víveres y una falúa á propósito para penetrar en los ríos, marcándole su derrotero en unas instrucciones (10 de Noviembre de 1753). Después de tocar en Calapan, prosiguió su rumbo, y á poco, por un temporal y sus faltas de precaución, se fué á pique una de las galeras, ahogándose 21 hombres. La balandra naufragó asimismo, sin pérdida de gente; la capitana arribó á Batangas con el palo mayor quebrado, é igual percance tuvo el champán. Reparadas un tanto estas averías, volvióse á Calapan, enterándose de inauditos desmanes de los moros. Los cautivos hechos por éstos ascendían á 409. Repartió en su galera y en el champán los naufragos de los demás buques, y regresó á Cavite.

Por el corregidor de Mariveles se supo que una poderosa armada de mindanaos y joloanos, estuvo á punto de apoderarse de Masinloc y de Santa Cruz de Zambales. En su vista, ordenó el gobernador general que vigilasen la costa de Morong, Pampanga y Pangasinán sus respectivos alcaldes, avisándose de unos pueblos á otros por medio de hogueras, para poderse defender de los piratas.

roa una pensión vitalicia y la mitad de las boletas que éste disfrutaba en el comercio de Acapulco, señalando análogas pensiones á las viudas y huérfanos de los demás tripulantes de la *Santiago*.



CAPÍTULO XVIII.

Indecisión de las autoridades de Manila respecto al castigo de Ali-Mudin.—Deciden continúe preso.—Solicita permiso del gobernador general para que pase á Joló la princesa Fátima á convenir con los dattos condiciones de paz.—Va Fátima á Joló, manda á Zamboanga 50 cautivos por su rescate y regresa á Manila con un embajador de Bantilan.—Ali-Mudin y los dattos presos someten al marqués de Ovando las bases de un tratado ventajoso.—Aceptadas por éste, pasa el embajador moro á recabar la ratificación de Bantilan.—Horribles atentados de los moros en las islas Filipinas durante el año 1754.—Toman el fuerte de Tandag.—Salen de Manila dos escuadras contra los piratas.—Brillantes hechos de armas de la escuadra de Iligan.—El capitán Gaztambide, de la escuadra de Faveau, hace huir en Antique á varios buques piratas.—Llega la escuadra á Zamboanga.—Infructuosa expedición á la costa oriental.—Va Faveau á Joló y es muy agasajado por Bantilan, quien le devuelve 68 cautivos y dos buques.—Las opiniones de aquel jefe acerca de Ali-Mudin y los asuntos de Joló le atraen la enemistad de los jesuitas.

Las autoridades de Manila no sabían qué hacer del sultán prisionero. Hubo quien propuso su muerte como traidor é ingrato á las mercedes recibidas; pero temiendo que los moros, en represalias, asesinaran á los 10.000 cristianos que poseían cautivos, cosa que de seguro no hubieran hecho por interés propio, siendo los esclavos su más valiosa mercancía, no se resolvió nada en definitiva, siguiendo Ali-Mudin en la fortaleza de Santiago.

El 8 de Febrero de 1753 escribió al gobernador general, en súplica de que permitiera á su hija Fátima pasar á Joló con pliegos para los dattos, á fin de atraer-

los á la paz, ofreciendo por *Alatalajá*, que entregaría aquélla en Zamboanga, en el término de tres meses, 50 cautivos por su rescate, y que de no cumplirlo volvería á su prisión. El gobernador, de conformidad con la Junta de Guerra, accedió á ello, saliendo Fátima con dos esclavas y un esclavo en la galera que conducía á D. Francisco de Oscoti, nombrado gobernador de Zamboanga por muerte de González del Pulgar, acaecida á fines de 1752.

El 12 de Mayo llegó dicha princesa á Joló: á los pocos días mandaba á Zamboanga 32 cautivos, y el 23 de Julio lo hizo de los 18 restantes, y además del soldado José Montesinos, de la galera *Santa Rita*, apresada por los moros ilanos en la Paragua.

En Octubre regresó á Zamboanga Fátima, en unión del datto Marayalayla Mahamad Ismael, como embajador, seguidos de dos salicayas y ocho sáopes. De Zamboanga partieron en un champán, al mando del sargento mayor de la plaza D. Diego Miguel de Lara, llegando al puerto de Cavite el 20 de Diciembre. La princesa entregó al gobernador general despachos de Bantilan, en que, además de pedir la vuelta de Ali-Mudin para restituirle su reino, solicitaba paces duraderas, disculpando las fechorías de los tirones por la imposibilidad de sujetarlos. Dicha autoridad recibió en corte al embajador de Bantilan, no obstante considerar á éste como un intruso. De acuerdo con la Junta de autoridades, aceptó más adelante las bases de un tratado de paz que le propuso Ali-Mudin en unión de sus dattos: por él se estipulaba la devolución de los cautivos cristianos, en el término de un año, así como de los ornamentos, efectos y alhajas de las iglesias saqueadas, cesando las hostilidades por ambas partes. Se compro-

metían á conseguir lo propio de los tirones, ó á perseguirlos si continuaban en sus piraterías, debiendo los joloanos, en lo sucesivo, tener por enemigos suyos á los que lo fueran de España (1). Para la ratificación de este tratado, por parte de Bantilan, marchó á Joló el datto Pahalavan con cartas del gobernador general, fechadas el 3 de Marzo de 1754, manifestándole que daba órdenes de suspender las hostilidades, y que si en el término prefijado realizaba sus promesas, pondría en libertad al sultán y á los demás prisioneros.

El año de 1754 fué fatal para las provincias Filipinas, por las vandálicas correrías de los moros malayos.

Indicaremos ligeramente sus principales atentados:

Marzo. Hacen grandes destrozos en Hinundayan, Cabalian, Liloan, Sogor, Maasin y otros pueblos de Leyte, distinguiéndose en el de Biliran, á cuyo vecindario cautivan en masa.

Mayo. Fondean en el río Piloto (Mindoro), jurisdicción de Bongabong, 74 embarcaciones de piratas. Cautivan en dicho partido á 100 indios, y más de 50 entre Manaol y Bulalacao.

Calibo y Asin experimentan iguales estragos de 68 caracoas. En el último punto cogen un champán del alcalde.

Cabalot (isla de Tablas) sufre análogas tropelías.

En Cautit apprehenden á 95 indígenas.

Los tripulantes de 57 embarcaciones, llegadas á Mainit (Banton), van por tierra al pueblo; sus naturales y el cura lo desamparan; los moros lo incendian, llevándose cuatro cañoncitos y 67 cautivos.

Diez y siete embarcaciones saquean á Pandan (Pa-

(1) Véase el Apéndice.

nay): ésta, y después otra escuadra de 30 embarcaciones, atacan á San Miguel de Tibiao, sin tomarlo, á pesar de haber puesto en tierra 500 hombres. En Odiongan (Romblon), terminado el saqueo é incendio, reúnen 101 cautivos.

Junio. Novecientos malanaos desembarcados en Baco (Albay) cautivan á 38 personas en este punto y á 62 en Casang, é incendian y saquean el de Santa Cruz.

En la jurisdicción de Taytay (Calamianes) aprehenden 130 personas.

Busuanga cuenta desde dicho mes al de Agosto, 10 invasiones piráticas.

En Linacapan queman un champán del alcalde.

Cuyo y la isla de Canipo padecen inauditas violencias.

El fuerte de Alutaya rechaza el ataque de 1.000 moros, pero causan grandes destrozos en la campiña.

Culion resiste también la agresión.

Atacan al pueblo de Palompong (Leyte) 25 embarcaciones con 1.000 malanaos. Los indígenas, parapetados tras de los muros de la iglesia, sostienen algunos días de fuerte lucha, causándoles bastantes bajas (1). El pueblo de Hilongos resiste á 2.000 moros.

El de Luban (Mindoro) queda victorioso del enemigo, pero éste destruye los campos.

En Balayan (Batangas) logran los moros rico botín, por haber huído á los montes sus moradores.

Caysasay es víctima de parecidos perjuicios, pero ocasiona á los piratas bastantes bajas.

Julio. El partido y los pueblos de Bantayan, Potat

(1) *Relación* de la valerosa defensa de los naturales visayas del pueblo de Palompong, en la isla de Leyte, de la provincia de Catbalongan, en las islas Filipinas, que hicieron contra las armas mahometanas de ilanos y malanaos en el mes de Junio de 1754: Manila, 1755.

y Balambang, de Cebú, quedan destruídos y multitud de indígenas cautivos.

Iguals daños infieren en Dumaguete (isla de Negros) y sus visitas, incluso la isla de Siquijor, y en Tucupan y sus anejos de Masangay y Gionugaoan. El pueblo de Ilog rechaza el ataque de 30 caracoas.

Cabilga y Palanasan resisten con brío el empuje de 300 moros, pero al cabo logran éstos destruir la isla de Panamao.

En Catanaván (Tayabas) destrozan casas particulares y edificios públicos, cautivan muchos indios y se llevan un champán del alcalde mayor.

Atacan á Catbalogan (Samar), queman la visita de Ubanon y los almacenes reales, mas no consiguen enseñorearse del fuerte de la Cabecera.

Sitia al pueblo de Lubungan numerosa escuadra de malanaos, mindanaos, joloanos y lútaos, entre los que se ven algunos renegados indígenas. Construyen en tierra trincheras y sostienen siete días de asedio sin lograr su objeto, gracias á la constante vigilancia de sus naturales, estimulados por los misioneros (1).

La provincia de Caraga padece estragos horribles, quedando casi sin gente los poblados partidos de Butuan, Siargao y Bislig.

Como digno remate de tan tremendos daños se apoderan del fuerte de Tandag, debido, más que á su valor, á las disensiones de los españoles. He aquí cómo tuvo lugar este sensible contratiempo:

Con motivo de la muerte del alcalde mayor de Tandag, D. Fernando Lino, hubo competencia entre los

(1) *Sitio de Lubungan*, misión de la Compañía de Jesús. (*Cartas edificantes*, tomo XVI.)

que se creían con derecho al mando interino, dividiéndose en dos partidos españoles y frailes.

Los desairados indican al sultán de Tamontaca la posibilidad de apoderarse del fuerte. El datto Dumangó, por orden de aquél, lo sitia por mar y tierra con muchos buques y gente. Su defensa consistía en una compañía española y otra pampanga, estando artillado con 16 cañones, unos de bronce y otros de hierro, del calibre de 4, 8 y 12.

A los dos meses de asedio, el hambre diezma á la guarnición. Una mañana, lóbrega y lluviosa, se apoderaron los moros del baluarte; vuelven los cañones hacia los almacenes y sala de armas, donde se habían hecho fuertes los sitiados, y pegan fuego á algunas casetas inmediatas.

Conoce el jefe que su pérdida es inminente; mata por sí mismo á su mujer, y se entra sable en mano entre los mahometanos, que lo acribillan de heridas.

Perecen muchos moros en la pelea, mas vencen al cabo con la total muerte de la guarnición de Tandag. Transportan los cañones á sus buques; pero en la travesía se ven obligados á arrojar al agua las piezas de mayor calibre, por no poderlas resistir sus buques, uno de los cuales se va á pique con carga, tripulación y cautivos.

En Setiembre atacan á Albay, cabecera de esta provincia; matan ocho personas y cautivan 12, aunque con pérdida de 10 moros.

El gobernador general de Filipinas había hecho salir para Mindanao, en los primeros meses del nefasto año 1754, dos escuadras, la primera con 328 hombres, á cargo los buques de D. Antonio Faveau y las tropas de desembarco al de D. César Fallet, y la segunda, com-

puesta de cuatro galeras, una chalupa y cinco champanes, á las órdenes del sargento mayor D. Miguel Gómez Valdés, señalándoles determinadamente el itinerario que debían recorrer.

El 23 de Abril fondearon en Iligan algunas embarcaciones visayas y las galeras *Triunfo*, *San Felipe* y *Santo Niño*, pertenecientes á la escuadra de Valdés, quien, ocupado en sostener competencias con los oficiales de su mando y el jefe de la isla de Cebú, no llegó á Iligan hasta el 2 de Junio, tarde ya para evitar los estragos hechos por los piratas, durante sus dos meses de injustificada demora en dicha isla.

Como el capitán D. Pedro Alcántara Pérez había estado en la inacción desde su llegada á Iligan, por aguardar á su comandante en jefe Valdés, y tenía listas sus galeras para salir á campaña, se hicieron á la mar el 4, la *Triunfo*, con su capitán Pérez; la *Santo Niño*, con el de igual clase D. Lázaro de Elizavera, varios sacayanes boholanos y el de indígenas de Iligan con su misionero, P. Ducós, desalojando del río Linamón á los moros, en cuyo punto, elegido por ellos para centro de operaciones, les cogieron 35 vintas, y 20 en el inmediato río Magón.

El 15 de Julio marchó Valdés á Zamboanga, sustituyéndole Elizavera. El capitán D. Nicolás Afriano, con la galera *Triunfo*, fué á Panguil, donde hizo bastante daño á los moros.

El 24 de Julio sentíanse tiros hacia Lianga, y en el acto se encaminó allí el P. Ducós, siguiéndole una caracoa de Initao y otra de boholanos. Halló que las cuatro caracoas situadas de guardia en el río, peleaban con 14 sacayanes moros procedentes de Linamón, y á la vista del socorro, abandonaron los moros sus sacaya-

nes, internándose en tierra con los cautivos y demás presas que les fué posible. Afriano pasó á Misamis, y el 7 de Agosto vió fondear 20 embarcaciones piratas tras de la punta de este nombre. Tomadas sus medidas, las atacó á las nueve de la noche con su galera, una vinta y dos sacayanes boholanos, durando el combate cuatro horas con gran pérdida de los contrarios.

En esta acción se distinguieron mucho el teniente D. Juan de Echeverría, que mandaba la vinta, y su segundo D. Miguel Márquez Quiñones.

De regreso el P. Ducós en Linamón, salió hacia el pueblo de Anonan, situado sobre el río Larapan, distante del mar 12 millas, con 226 hombres entre españoles y visayas y algunos monteses, mandados por el teniente D. Manuel de Ayalde, célebre por su brío.

En la imposibilidad de sorprender al pueblo, por la vigilancia de sus espías, marchó á Misamis, fondeando con la galera *Triunfo* y ocho caracoas en el río de Langan. Al ver 16 embarcaciones piratas, fué á su encuentro, y después de siete horas de combate las hizo huir, echando á pique dos de ellas; otra desfondó el maestre de campo Tamparón, con muerte de cuantos la tripulaban. En este combate se le reventó un pedrero al P. Ducós, dejándole muy mal la mano derecha y sin vista el ojo izquierdo. De los moros fueron pasados á cuchillo unos 300. El P. Ducós marchó á Cebú á curarse sus heridas.

Afriano peleó con tres grandes pancos moros, de los cuales cogió uno; la gente del otro fué muerta, y el tercero pudo refugiarse en Panguil. El mismo día apresó dos caracoas, librando á 21 cautivos. El 4 de Setiembre, los sacayanes de Loboc, Luay é Initao atacaron el del valiente datto Sabandal, que se defendía con extra-

ordinaria bravura. El capitán de Luay dió muerte á dicho datto, pereciendo él también á manos del enemigo.

Los boholanos hicieron gran estrago en los moros, salvando 17 cautivos. El 5 se recuperó un sacayán, apresado por los moros junto á Sorsogón, á cuyo bordo iban algunos cautivos, y el capitán Elizavera rindió, junto al río de Larapan, dos sacayanes, en que murieron muchos piratas y dos chinos cogidos con las armas en la mano.

El 6 de Setiembre sostuvo Afriano fuerte combate en Misamis con dos pancos, en uno de los cuales redimió 23 cautivos, acuchillando á sus tripulantes. Por la noche peleó con otros 12 pancos. En la madrugada del 10 apresó tres, después de hacer horrible carnicería en los piratas. El 18 y 19 hubo nuevos combates, igualmente funestos para los moros, distinguiéndose por su valor el maestre de campo de Malabohoc.

A fines de Octubre, tres embarcaciones de Iligan lucharon junto al pueblo de Initao con 23 caracoas enemigas, apresando tres. La escuadra sorprendió en los ríos de la ensenada de Panguil 31 embarcaciones, y en el siguiente, cuatro sacayanes grandes, destruyendo á 15.

La escuadra de Iligan, en sus diferentes encuentros, apresó 159 embarcaciones, con muerte de 2.000 malayo-mahometanos, según cálculo del moro Mana, recobrando su libertad sobre 500 cautivos. Además, cogió á los piratas 16 lantacas, cuatro pedreros y algunas alhajas y ornamentos de iglesias.

La tripulación de las dos galeras constaba de 200 españoles y 500 indios auxiliares (1).

(1) *Relación* compendiosa de lo sucedido en Filipinas y demás islas de su jurisdicción; de lo obrado por la Real escuadra que se halla en

La escuadra de Faveau fondeó el 10 de Abril de 1754 en Antique. Dijo á aquel jefe el misionero que en punta de Naso había siete embarcaciones moras, y despachó contra ellas dos galeras y una falúa á cargo del capitán Gaztambide. Al amanecer del siguiente día halló en la ensenada de Paminuyan los buques piratas, parte de cuyas tripulaciones estaba en tierra. Al divisar á los españoles procuraron recoger su gente y huir, lográndolo al cabo de algunas horas de ser perseguidos, en cuyo tiempo sufrieron considerable daño.

Reunióse Gaztambide á la escuadra; ésta llegó á Zamboanga el 29 de Abril, hallando en deplorable situación los buques de la marina Real.

Reparados lo mejor posible, salieron el 16 de Mayo para la costa oriental de Mindanao, por consejo de los jesuitas.

La escuadra constaba de una fragata, una galeota, dos galeras, dos falúas y dos panquillos de lútaos.

Desembarcó la tropa en el río Sanito, y después de una difícil é infructuosa marcha, sin hallar pueblos ni enemigos, volvió la expedición á Zamboanga, con gran disgusto de sus jefes por los inexactos informes recibidos.

Dispuso entonces Fallet que saliese Faveau para Joló con la galera *Santa Bárbara* y una galeota, dando fondo en aquella rada el 30 de Junio.

No era su propósito saltar en tierra; pero lo hizo ac-

Iligan. Escrita por algunos padres de la Compañía de Jesús en 1754.—
(*Cartas edificantes*, tomo XVI.)

Compendio de los sucesos que con grande gloria de Dios, lustre y honor de las católicas Reales armas de S. M. en defensa de estas cristiandades é islas de Visayas, se consiguieron contra los mahometanos enemigos por el armamento destacado al presidio de Iligan, sobre las costas de la isla de Mindanao, en el año de 1754: Manila, 1755.

cediendo á reiteradas instancias de Bantilan, el cual lo recibió admirablemente, manifestándole que era muy gustoso en reanudar las paces con los españoles. En prueba de su buena fe le entregó 68 cautivos; la galera *Santa Rita*, que había apresado; un champán de Taya-bas, cogido en el río Catanaván, y cien pesos remitidos por el gobierno de Zamboanga para el rescate del español D. José de Fonseca.

Faveau dió parte al gobernador de la colonia de estas buenas disposiciones de Bantilan, añadiendo que, según pudo averiguar, nunca fué traidor Ali-Mudin, si bien, en vista del mal efecto de sus concesiones á los españoles y de su conversión al catolicismo, escribió á los magnates joloanos, prometiendo sujetarse á las antiguas leyes del reino, desde cuyo día volvieron á reconocerle por su legítimo sultán, anhelando su regreso. Decía á la vez que Bantilan, conocedor de que su partido estaba en decadencia, veíase precisado á transigir, y que todo su empeño era que el gobierno libertase á las princesas encarceladas en Manila.

Faveau regresó á Zamboanga el 18 de Agosto, llevando 97 cautivos rescatados y los buques devueltos, por cuya feliz campaña obtuvo generales plácemes.

Los jesuitas le hicieron cruda guerra, porque respecto á Ali-Mudin y á los asuntos de Joló, eran radicalmente opuestas sus ideas á las sostenidas por ellos.

Faveau se defendió gallardamente por cartas dirigidas al gobernador general desde Joló (12 de Agosto) y Zamboanga (1.º de Setiembre), confirmando su contenido el general Fallet por otra de 2 de dicho mes y año, cuyas cartas recibió el sucesor de Ovando, Sr. Arandía.

CAPÍTULO XIX.

Gobierno de Arandía.—Reforma todos los institutos militares.—Pide Ali-Mudin se le permita practicar sus obligaciones de cristiano.—Ratifica Arandía los anteriores tratados y manda á Joló á los prisioneros moros, excepto el sultán y su heredero.—El electo gobernador de Zamboanga, Villarreal, va á Joló con dichos prisioneros, y es festejado grandemente por Bantilan.—De regreso en Zamboanga, adopta providencias para rechazar á los malanaos.—Quejas contra Faveau, producen su prisión y envío á España.—Brillante victoria naval contra los moros del capitán Gaztambide—Creación de una escuadrilla en Iligan al mando del P. Ducós.—Medidas del nuevo gobernador de Zamboanga contra los piratas.—Valor del jefe de la armada, Vértiz.—Fortificanse los pueblos costeros.—Atacan los moros el de Mariveles.—Sus estragos en diversos puntos.—Disposiciones contra ellos.—Muerte del gobernador.—Sus brillantes dotes.

En Julio de 1754 se hizo cargo del mando supremo de Filipinas el mariscal de campo D. Pedro Manuel de Arandía y Santisteban, natural de Ceuta, aunque oriundo de Vizcaya, caballero de Calatrava, gentil-hombre de Cámara del Rey de las Dos Sicilias, capitán de las Reales guardias españolas y mariscal de campo de los ejércitos Reales. Se había distinguido en las guerras de Italia, y al recibir su nombramiento para aquel empleo desempeñaba el gobierno de Almagro.

No pudo por menos que llamar la atención al nuevo gobernador el incompleto vestuario, cortos sueldos y estado semi-anárquico en que vivía la tropa, dedicando á este asunto preferente cuidado.

Arandía recibió el 27 de Enero de 1755 la noticia de los victoriosos combates de la escuadra de Iligan, y el 28 se cantó en la catedral un solemne *Te-Deum* en acción de gracias.

La Junta de guerra resolvió establecer un presidio en Misamis, cuya dirección confió el gobernador al padre Ducós.

Este bravo jesuita, después de reparar el fuerte de Tandag, lo proveyó de la artillería necesaria y le puso una guarnición de 100 boholanos, al mando de D. José Asprilla.

En varias ocasiones intentaron los moros, aunque sin fruto, rendir nuevamente esta fortaleza.

En Abril zarpó de Zamboanga un buque mercante: le salieron al encuentro muchos moros y lo saquearon, quitando la vida á su capitán D. Juan de Molina.

Ali-Mudin impetró del Sr. Arandía que interpusiera su influjo con el Arzobispo para que le alzase la privación de oír misa y recibir los Sacramentos. Resistíase éste á ello dudando de su religiosidad, pero al cabo fué á visitarle á la fuerza de Santiago, y convencido por el sagaz sultán de Joló, le declaró fiel hijo de la Iglesia, permitiéndole confesar y comulgar, como lo efectuó el 16 de Marzo, en la parroquia del Sagrario.

Doña Rita Calderón, antigua concubina de Ali-Mudin, hallábase en el colegio de Santa Potenciana desde que abjurara sus creencias.

El sultán obtuvo del Arzobispo, en atención á haber muerto su mujer legítima, el permiso de casarse con la Calderón, cuya ceremonia tuvo efecto el 27 de Abril en el palacio del gobernador, dándoles la bendición el provisor D. Juan de la Fuente, á causa del mal estado de salud del metropolitano.

Además le señaló Arandía una pensión para que pudiese vivir con decencia.

Con las noticias comunicadas por Faveau acerca de Ali-Mudin y las felices disposiciones de Bantilan, convocó Arandía á junta á las autoridades (Abril de 1755), asistiendo el sultán, sus cuatro hijos, su hermana Pan-guiana Banquiling, la princesa Fátima, su esposo Mustafá y el datto Jamaliguera. Después de largo debate, se estipuló por todos los concurrentes la estricta observancia de los preliminares presentados al marqués de Ovando el 28 de Febrero del año anterior.

Solicitaron y obtuvieron además los joloanos la libre admisión de sus embarcaciones en los puertos españoles, con sólo llevar en regla un pasaporte del sultán, sin obligarlas á detenerse en Zamboanga, por el consiguiente retraso que experimentaban.

El 29 de Abril partió de Manila D. Pedro Zacarías Villarreal, nombrado gobernador de Zamboanga, llevando cartas de Arandía para Bantilan (26 de Abril de 1755) y para los dattos Mahadialegra y Panhalavan.

En el mismo buque iban los prisioneros moros que, según el convenio de que hemos hecho mención, debían ser restituidos á su país, incluso las hijas de Ali-Mudin y el embajador y su séquito, continuando en Manila como rehenes hasta la paz definitiva, aunque fuera de la prisión, el sultán y su primogénito Israel, á los que trató con gran benignidad.

Desde muy al principio se dividió la escuadra por malos tiempos. En Marinduque vióse el barco de Zacarías rodeado de piratas. Estuvo en Iloilo y llegó á Zamboanga el 17 de Setiembre.

Hizo alojar convenientemente á las princesas y al

embajador, y despachó un aviso á Bantilan participando el día de su salida para Joló. Recibida contestación marchó el 1.º de Octubre con cuatro champanes, fondeando en la rada de aquella isla el 4. Inmediatamente pasaron á bordo el príncipe Iban Panhalavan, el datto Bibang y otros varios personajes. En sus buques, vistosamente empavesados, llevaban músicas á la usanza del país. Después de ofrecer sus respetos al gobernador, pasó Iban á verse con su esposa Panguiana Banguiling y á saludar á las hijas de Ali-Mudin.

Al siguiente día cambiáronse saludos de artillería entre los buques y la plaza, verificándose el desembarco de Villarreal y de los moros con ostentación y grande afluencia de gente. En la playa aguardaban al general otros magnates, que lo condujeron á la morada del sultán. Las tropas cubrían la carrera. Recibido á la entrada de la casa-palacio por el *Radiamura* (príncipe heredero) y por el *Ladialant* (general de Marina), que lo era el datto Vinmal, hijo del ya difunto Salicaya, entró en compañía de ambos al salón principal. Allí le esperaba el sultán en traje de ceremonia, bajo un dosel ricamente adornado.

Bantilan abrazó al gobernador de Zamboanga, y le hizo sentar á su derecha. Los oficiales españoles y los dattos joloanos tomaron también asiento, y el sultán, después de enterarse de la salud de su *hermano predilecto* Ali-Mudin y de la del gobernador general de las islas, dió la bienvenida á Villarreal, asegurando que tan acertada elección para el mando de Zamboanga había de contribuir á que se afianzara la paz entre españoles y joloanos.

Serviales de intérprete el valiente gobernadorcillo de los lútaos zamboanguenos, D. Francisco Tampil. Ter-

minada la ceremonia pasó Villarreal á su alojamiento, siendo visitado aquella misma noche por el sultán, y posteriormente por las princesas Fátima, Carima y Familia, hijas de Ali-Mudin; por la sultana y sus damas, honor especialísimo, y por los dattos y principales personajes. Mientras permaneció en la isla hubo en su obsequio todo género de fiestas.

Al cabo de varias conferencias, publicáronse por un bando las paces ajustadas con España. Los *urangcayas* (dattos de segundo orden), hacían á Villarreal iguales acatamientos que al sultán. Los dattos iban á visitarle sin armas, en señal de confianza.

El sultán le hizo entrega de 19 cautivos.

A consecuencia de haberse recibido aviso por el capitán D. Ignacio Saavedra, de que los malanaos y mindanaos proyectaban atacar á Zamboanga, partió Villarreal el 24 de Octubre para dicha plaza. Llegó el 1.º de Noviembre, adoptando en seguida las medidas necesarias para rechazarlos.

El gobernador de las islas había dispuesto el regreso á Cavite de la escuadra de Faveau y Fallet. Por efecto de malos tiempos, se retrasó el viaje, y al entrar en la bahía de Manila, el 25 de Junio de 1756, les sorprendió un baguio.

Zozobró la galera *Santa Rita*, librando sólo su capitán, D. Miguel Valdés, y ocho hombres. El champán *San Vicente* fué á parar á la costa, salvándose cuantos lo tripulaban, á excepción de cinco. La galera *Concepción* y la balandra en que iba Fallet, vararon en la playa; pero se las pudo salvar. La *Santo Niño* salió ilesa. El número total de ahogados fué de 500 hombres de armas y algunos funcionarios públicos.

El ex-gobernador de Zamboanga, Oscoti, quejoso de

Faveau por sus escritos referentes á Joló, le acusó de actos penables, resultando de las diligencias practicadas por orden del gobierno general, que había faltado á las instrucciones recibidas por atender á sus intereses particulares. Reconocidas, al llegar á Cavite Faveau, la galera y champanes de su mando, vióse que conducían efectos mercantiles.

El gobernador lo tuvo preso hasta la salida de un navío, en que lo hizo embarcar para Nueva España (1).

Los arteros joloanos no se prestaron á tomar las armas contra los malanaos, como era deber suyo, conforme al tratado recientemente suscrito por ellos, y dificultaban la entrega de cautivos, bajo diversos pretextos, demostrando una vez más su falta de formalidad y de buena fe; aparte de esto, los cautivos estaban en poder de los dattos, quienes no querían devolverlos sin cobrar por adelantado su rescate, y el sultán carecía de fuerza para obligarles á hacerlo.

El capitán D. Pedro Gaztambide después de haber estado en Camarines y Albay, donde fortificó el puerto de Sorsogón, fué á Tamontaca con cartas del gobernador general para el sultán, quien le recibió atentamente, rescatando por 800 pesos al padre Santa Catalina, apresado por los moros en Ticao en 1754. Condújole á Batangas, cuyo alcalde mayor, D. Ramón de Orendain, suplicó á Gaztambide permaneciera allí por temerse una invasión de mahometanos. Recorriendo un día la costa, se vió de improviso rodeado por 38 embarcaciones piratas, algunas de ellas mayores que su galera. Las mandaba un príncipe moro, el cual dispuso

(1) Ya hemos dicho que era muy general entonces emplear los buques del Estado en transporte de mercancías de los que los mandaban.

que embarcasen 120 hombres en un panco, con intento de atacar la galera por popa, mientras él con los buques restantes lo hacía por proa. Comprendió Gaztambide la maniobra, y mandó poner en dicho punto un cañón de á seis, cargado con bala y metralla.

El artillero á cuya custodia lo dejó, creyendo que era poca carga para el objeto, le puso otro cartucho. Hubo que relevar á este artillero por ser su presencia necesaria en proa, y el que le sustituyó, al ver cuán decidido iba hacia la galera el panco moro, no pareciéndole bastante carga la ordinaria é ignorando que la tenía doble, introdujo tercer cartucho. Gaztambide, ocupado en diferentes puestos, acudió á popa cuando ya estaba cerca el panco, y mandó hacer fuego. El estampido y la conmoción del buque fué terrible; pero no reventó el cañón, y el panco enemigo quedó espantosamente destrozado, pereciendo casi todos sus tripulantes.

Los moros redoblaron su ardimiento, pero tan ciertos disparos hizo la galera española y tan acertadas disposiciones dictó Gaztambide, que puso en vergonzosa fuga al enemigo, muerto el príncipe que mandaba la escuadrilla. Las fuerzas de la galera ascendían á 100 hombres, mientras que los moros pasaban de 3.000. Según se supo después por cautivos huídos y por un príncipe joloano, el número de moros muertos en esta brillante acción no bajaba de 2.500 (1756).

También supo Gaztambide, ya concluído el combate, la imprudencia de los artilleros en poner triple carga al cañón de popa.

Recibió Arandía con gran satisfacción el parte del triunfo obtenido, y á petición de Gaztambide le mandó dos galeras, yendo la que él montaba á Cavite á reparar sus muchas averías.

Aquel valeroso jefe embarcó en la mayor, y á sus órdenes en la otra el capitán Arazamendi.

Encaminábanse al estrecho, pero al saber que Lubán estaba á punto de rendirse á los moros, marcharon prestamente en su auxilio, haciéndoles levantar el cerco con bastante daño.

Fueron á esperarles á la salida del río de Balayan, donde se habían refugiado algunos buques procedentes de Lubán, no permitiendo el poco fondo del río que entrase la galera. Le hizo un vendaval separarse de su puesto, y los moros aprovecharon la ocasión para salir. Procuró Gaztambide alcanzarlos, y secundado por Arazamendi, consiguieron causarles no pocas bajas.

Este valeroso oficial murió en Calapan de una fuerte disenteria.

D. Ignacio Cabiling, maestre de campo de Dapitan, y D. Pedro Tamparón, de Iligan, se ofrecieron á salir en corso contra los piratas al punto donde más conviniere utilizar sus servicios. El gobierno aceptó esta proposición, organizando una escuadrilla compuesta de dos galeras, la *San Ignacio* y la *Santa Rosa*, y doce vintas, las cuales debían operar bajo las órdenes del padre Ducós, dictándose con tal motivo las correspondientes ordenanzas. Los sueldos debían abonarse por las cajas de Cebú y los barcos estacionarse en Misamis.

Arandía nombró gobernador de Zamboanga á Don Tomás de Iturralde, persona de toda su confianza y en alto grado celoso por el servicio. Contaba aquella plaza un buen número de embarcaciones dispuestas á todo evento contra los moros, y merced á las acertadas medidas del gobernador y del comandante de la armada, D. Pedro Vértiz, se obtuvo contra los moros felices triunfos.

El 7 de Diciembre de 1757 encontró Vértiz cinco pancos piratas que se retiraban de Visayas: los atacó con sus tres buques, y empeñándose el combate entre dicho jefe y la capitana enemiga, duró desde la nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde; á esta hora dispuso que un bote, al mando del alférez D. Pedro Iriarte, acometiese por un costado mientras él lo hacía por popa.

Los feroces moros prefirieron arrojarse al mar con el pillaje y las armas que contenía su buque, y morir ahogados antes que caer vivos en manos de los españoles.

Un moro herido dijo que la embarcación pertenecía á un datto de Tuboc, que murió de los primeros en la defensa. Hallaron, además, 22 moros muertos; cuatro cautivos heridos por las balas de los españoles, y 13 entre hombres, mujeres y niños, heridos por los moros con sus lanzas al arrojarse al mar; varias armas blancas, dos banderas y unos batintines.

Continuando el corso, salió Vértiz del puerto de Santa María el 29 de Diciembre á reconocer una embarcación sospechosa, contra el parecer de los oficiales de á bordo, por amenazar el tiempo un baguio. Sobrevino el temporal, estrellándose la galera al doblar el cabo. Vértiz se arrojó al mar, confiando en su extraordinaria resistencia y probada habilidad natatoria; pero las olas le arrollaron y sucumbió en tremenda lucha con ellas. Del mismo modo perecieron el alférez D. Fernando de Torres y 35 hombres; 15 se salvaron sobre los restos del barco, y luego que se serenó el tiempo, lograron salvar parte de la artillería y otros pertrechos de guerra.

El gobernador de Zamboanga hizo varias obras de importancia en las fortificaciones de la plaza, levantó cuarteles y un hospital dentro de la fuerza.

Arandía, por su parte, promovió la inmigración á Zamboanga, consiguiendo que se trasladaran á dicho punto 328 hombres, 46 mujeres y 24 muchachos, yendo en seis champanes. Uno de éstos naufragó en la isla desierta de Manamoc, ahogándose 21 personas. Los demás buques llegaron á Zamboanga. Los tripulantes del buque náufrago se fortificaron en tierra. No tardó en aparecer una embarcación de joloanos: su capitán les prometió conducirlos á Cuyo, pero lo que hizo es llevárseles el dinero y pertrechos de guerra, dejándolos allí, donde hubieran muerto de hambre sin la llegada de diferentes barquitos de indígenas de Cuyo, que los transportaron á Zamboanga. Como parte de dichos inmigrantes eran presidiarios, dieron mucho que hacer en aquella plaza.

Los pueblos costeros de las provincias de Batangas, Panay, Cebú, Leyte, Negros, Tayabas, Camarines y Calamianes, y los de las islas de Marinduque, Masbate, Ticao, Romblón, Camiguin y otras, construyeron algunos fuertes ó repararon los que ya existían, siguiendo en esto las órdenes de sus respectivos párrocos.

El pueblo de Mariveles, por su proximidad á Manila, no había cuidado de fortificarse, pero los atrevidos piratas lo sorprendieron con 11 embarcaciones. Sus naturales abandonaron el pueblo después de una débil resistencia, salvando las alhajas y ornamentos de la iglesia. Al notar los moros la fuga le prendieron fuego.

Nuevamente atacaron á Linacapan, pero sus valerosos indígenas les hicieron huir, con pérdidas considerables.

Los naturales del pueblo de Calatán, en Calamianes, viéronse precisados á trasladar su residencia á otro punto de la misma isla, por causa de que en el término de

ocho meses habían sufrido seis entradas de moros, con el consiguiente daño de muertes, cautiverios y destrozos en edificios y sembrados.

En Setiembre de 1757 fué saqueada la misión de Lupi, donde apresaron muchos indígenas.

En el partido de Panay hubo idénticos estragos, llevándose cautivas á varias mestizas españolas. Tales fueron los daños que, contando dicho partido en sus padrones 1.500 tributos el año de 1750, el de 57 sólo tenía 500.

En Bantón 48 embarcaciones piratas cautivaron 164 personas.

A causa de un temporal perecieron ahogados muchos moros, estrellándose 14 buques.

Se dividió la escuadrilla y cautivó 64 indios en Simara; 38 en Cabolotan (isla de Tablas) y sus inmediaciones; 12 en Lalavan; 76 en Oriongan: de nuevo en isla de Tablas cautivaron 14 personas, y 64 en Oriongan. De 230 vecinos quedó reducido á 70 el número de familias de este pueblo.

La isla de Sibuyan fué también muy castigada. En Cautit cautivaron seis personas, y 22 en Cahidiocan.

Romblón, atacado de nuevo, se defendió, persiguiéndoles con su champán el mestizo D. José Fermín.

Este mismo individuo se batió en otra ocasión contra tres embarcaciones fondeadas en la isla de Alad; pero tuvo la desgracia de que se le incendiase la pólvora y de que escaparan los moros.

Estos apresaron también el champán del ex-gobernador de Zamboanga, D. Domingo Oscoti, cuyo cargamento valía 14.000 pesos.

Con tan repetidos ataques disminuyó considerablemente la población de Visayas.

En el partido de Romblón el número de tributantes bajó de 1.370 á 995; en el de Calibo (Cápiz), de 1.164 á 549; en el de Banga, de 1.020 á 754; en los de Ibahay y Tibiao, acusaba el padrón 200 tributos de menos.

Según el padre jesuita Matías Guerrero, párroco del partido de San Juan de Ilog, 2.000 moros habían causado grande estrago en los campos de aquel término jurisdiccional. Los curas de Tugauan y Binalbangan certificaron asimismo los notables perjuicios sufridos por sus feligreses, y pedían se les dispensara del pago de tributos.

Arandía, en su vista, recomendó á los corregidores que no les apremiaran con exceso en el pago de sus contribuciones.

Sin embargo de tan censurable proceder por parte de los mahometanos, aún fué recibido afectuosamente otro embajador de Bantilan, para el cual mandó algunos regalos el gobernador del Archipiélago.

Tanta debilidad y tolerancia, tanta contemplación y deferencia, ó era mal interpretada por los joloanos, ó servía sólo para que ganasen tiempo y prepararan en secreto los medios de resistir y llevar la mejor parte en las contingencias futuras.

El gobierno de España, cuando lo supo, prohibió que se recibieran más embajadas, puesto que evidentemente su objeto tendía á inspeccionar el estado de las plazas y fortificaciones de la capital.

Además, el Rey, en orden de 26 de Diciembre de 1758 y 1.º de Noviembre del mismo año, estimulaba al gobernador general á combatir los piratas (1).

(1) «Me ha mandado S. M., decía el ministro, recomendar á V. S. con el mayor esfuerzo la importancia de escarmentar la osadía de los

Por consecuencia de estas órdenes, reiteró el gobernador general sus providencias contra los piratas mahometanos.

Arandía, fatigado por los incesantes trabajos de su gobierno, murió en la noche del 31 de Mayo de 1759.

Este gobernador ha sido uno de los más ilustres de las islas por su celo en pro del buen servicio, por sus excelentes condiciones de mando y espíritu útilmente innovador. La ingratitude de sus gobernados influyó mucho en su lamentable muerte.

estados bárbaros infieles, y decir á V. S. que el real ánimo de S. M. es que, para tan necesario fin como el de mantener estos vasallos libres de las extorsiones y cautiverios que han experimentado, no se ahorre diligencia ni gasto. Y fiando S. M. del acreditado celo de V. S., que interesa su real conciencia y la descarga en la de V. S. cometiéndole la ejecución de lo que humanamente pueda operarse en las facultades necesarias para emprenderlo, encarga S. M. á V. S., y le advierte que tomando luces de los mismos misioneros de esas esparcidas islas y de los sujetos más prácticos de ellas y su capital, providencie V. S. su resguardo, separándose de vanas empresas, de nuevas conquistas, y para este logro vea V. S. y disponga los armamentos que convenga hacer y aun mantener siempre y las fortificaciones que sea útil construir,» etc. Participaba á la vez haber dado orden á Méjico para que se aumentara el situado de las islas, y para que éste se remitiera por años adelantados y no vencidos.

CAPÍTULO XX.

Guerra entre España é Inglaterra.—Ocupa la bahía de Manila una escuadra de la Gran Bretaña.—Apodéranse los ingleses de Manila.—Crítica situación del país durante aquellos sucesos.—Aprovechan los piratas estas circunstancias é invaden y asolan las provincias del Sur.—Los joloanos, aliados con mindanaos, tirones y malanaos, sostienen continua guerra contra España.—Se establecen en Mamburao, y va una expedición á desalojarlos de este punto.—Sitian los moros á Cateel y á Tandag.—Defiéndese el fuerte con bravura.—Depredaciones, muertes y cautiverios de indígenas durante una década.

El rompimiento de hostilidades entre España é Inglaterra, con motivo del famoso *pacto de familia*, tuvo en Filipinas funestos resultados, viéndose invadidas las islas por una poderosa flota de aquella potencia, á las órdenes del almirante Samuel Cornic y del brigadier Guillermo Draper, jefe de las fuerzas de tierra, quienes, al cabo de doce días de escasa resistencia, penetraron por traición en la mal defendida plaza (4 de Octubre de 1762), sobre la cual habían arrojado, previamente, 20.000 balas de cañón y 6.000 bombas; hecho inaudito tratándose de una ciudad cuya edificación, en su mayor parte, se componía de materiales ligeros.

Gobernaba las islas, interinamente, el Arzobispo Don Manuel Antonio Rojo, de funesta memoria, por su pusilanimidad y falta de tino en tan críticas circunstancias y por sus debilidades y desaciertos después; cualidades y proceder que tan gran contraste ofrecen con la virilidad y sublime conducta del insigne patricio Don

Simón de Anda y Salazar, que supo conservar el dominio de España en Filipinas y tener en vergonzosa inacción á los ingleses, conquistando con sus hazañas, después de Legazpi, lugar preeminente en la historia de Filipinas.

La ocupación de la capital por los invasores; la guerra de reconquista que absorbía las fuerzas del país y la atención del invicto Anda; el levantamiento de varias provincias contra las autoridades legítimas; la traidora rebeldía de los chinos, y las consecuencias de semejante perturbación en todo el Archipiélago filipino, imposibilitaron en absoluto ocuparse de los piratas malayo-mahometanos durante ese nefasto período.

Como era consiguiente, los moros supieron aprovechar la crítica situación porque atravesaba el país, aumentando hasta lo increíble el horroroso catálogo de rapiñas, cautiverios y saqueos que registran sus anales desde los tiempos primitivos de la dominación española. El tráfico comercial estaba interrumpido. Los pueblos playeros, inmediatos á sus guaridas, se hallaban diezmados ó desiertos, ya por la cautividad de sus moradores, ya por el voluntario ostracismo á que se condenaban, temerosos de caer en las garras de los inhumanos piratas. El solo anuncio de la proximidad de los moros; la noticia de alguna proyectada invasión, muchas veces imaginaria; la vista de algún buque en lontananza figurándoseles pirata, infundía en aquellos desdichados indios terrible pánico. Los menos valerosos huían al interior, abandonando sus propiedades; los más esforzados llevaban una vida asaz intranquila, de continua alarma y de constante malestar y vigilancia.

El Obispo-gobernador Espeleta, sucesor del ilustre Arandía, había suprimido la armadilla de Iligan, que

mandaba el P. Ducós, influyendo esto en los estragos que causarían los piratas durante la época de su mando.

El Arzobispo-gobernador Rojo restableció la armada de Pintados, para que desde Cebú, á cuyo alcalde mayor nombró su comandante general, recorriera aquellas costas á fin de impedir los desembarcos de los mahometanos. Destinó á dicha isla tres buques, proveyéndolos de cañones y artilleros, y dispuso que el alcalde construyera otros tres. Pero aun así no hubo manera de contenerlos.

A pretexto de que favorecíamos á los de Borneo, por entonces enemistados con los joloanos por haber asesinado aquéllos á un embajador de éstos, nos declararon la guerra nuevamente, aliados con los mindanaos, prestándoles eficaz auxilio los aguerridos tirones y malanaos.

Su audacia los condujo hasta la costa de Mariveles, próxima á Manila, en cuyas aguas apresaron á dos champanes de China con muchos intereses. A su regreso se establecieron en Mamburao, isla de Mindoro, donde formaron una factoría atrincherada, á la cual iban á comerciar algunos macasares á quienes vendían los indios cautivos. Para desalojarlos de este punto, se organizó en Cavite una escuadrilla compuesta de un paquebot, tres galeras, una lancha y ocho caracoas de Visayas, con 1.252 hombres de mar. Mandaba las fuerzas navales el teniente de fragata D. Gabriel de Ariztizabal, de la dotación de la fragata *Aurea*, y las de tierra el teniente coronel D. José Jarando, castellano y justicia mayor de Cavite.

Los moros se habían fortificado en una pequeña península que forma el río Maasin con el río Mamburao. Tuvieron con ellos, durante algunos días, ligeras esca-

ramuzas, en las que siempre llevaron la peor parte.

Una columna saltó en tierra para reconocer el terreno, llegando hasta la trinchera que guarnecían, sin encontrar nada más que algunos cadáveres y rastros de sangre.

En este fuerte halláronse cureñas pequeñas, una lancata, sobre 10.000 *zumbulines* (1), *batintines*, palay y varios utensilios. También se cogió una banca llena de palay. Tal fué el resultado de la expedición. Costó al Erario 25.260 pesos; pero la subasta de los efectos cogidos á los moros ascendió á 31.026, y sólo hubo un soldado indio muerto.

A mediados de 1767 doblaron el cabo de San Agustín sobre 70 pancos piratas con 2.000 moros, sitiando el fuerte de Cateel, defendido por solos 30 soldados. Al cabo de ocho días de inútil resistencia, la guarnición abandonó el castillo una noche, fugándose en barquillas por el río.

Los moros se apoderaron al día siguiente del fuerte, y sacando las armas, balas, pólvora, 200 cavanos de arroz y varios efectos, le prendieron fuego.

Después pasaron á sitiar á Tandag. Con la buena defensa de esta fortaleza y el auxilio de una galera y otras embarcaciones de Surigao, batieron con tanto arrojo á los moros por mar y tierra, que á pesar de su brioso empuje huyeron derrotados, dejando en poder de sus contrarios armas, banderas, alcoranes, víveres, etc.

El gobernador general, D. José Raón, premió, como debía, el valor de la guarnición.

El relato detallado de las depredaciones y violencias

(1) Especie de lanzas de tres varas de largo.

de los moros en sólo una década, á partir de la invasión inglesa, llenaría volúmenes enteros.

En Caraga (Surigao) quemaron casi todos los pueblos. En Iligan (Misamis) saquearon y quemaron los de Iponan, Alilitum, Gompot, Salay y Sipaca. En la isla de Camiguin mataron y cautivaron á infinidad de indígenas. En Cebú invadieron el partido de Dastag ó Coteot, quemando y saqueando las visitas de Nahalin y Luyan. En Sorsogón los de Ticao, cautivando un religioso. En Panay sufrieron considerablemente los pueblos de isla de Tablas y los de la isla de Sibuyan, cuyo párroco murió fugitivo en el monte. Los párrocos de Mamburao y Sapián tenían fortificados sus pueblos con barricadas. El cura de Calamianes quedó cautivo. En Mindoro, invadido repetidas veces, dieron muerte á un religioso y cautivaron á otro. Los demás curas andaban fugitivos por los montes. En Bataan quemaron y saquearon el pueblo de Mariveles y su visita de Caucaben, cautivando á su ministro. La provincia de Iloilo fué de las más castigadas, pues 130 embarcaciones piratas de Mindanao, Joló y Borneo tenían cogidas todas las silangas, canales y ríos, y además de apresar los moros de una sola vez ocho buques que regresaban de Albay con más de 10.000 pesos, se llevaron 200 cautivos. El pueblo de Anilao quedó destruído (1769). En el importante pueblo de Dumangas cometieron multitud de muertes y cautiverios.

Lo mismo sucedió con varios pueblos de las provincias de Leyte, Samar é isla de Negros. En ésta aprehendieron á su corregidor y á tres religiosos, obteniendo su rescate en Joló por una suma considerable. En la isleta Inangpolongan establecieron su *dangcal* ó cárcel: allí iban aglomerando cautivos, y de tiempo en tiem-

po los transportaban á Joló, en grupos de 400 á 500.

En las misiones del monte Isarog (Camarines), mataron á un religioso y al misionero destinado á catequizar ilongotes.

En Masbate, Burias y Maestre de Campo, asolaron todos los pueblos. Los padres recoletos tuvieron cinco cautivos; los agustinos, tres, y los franciscanos, un cautivo y dos muertos. Se cuenta que el datto principal de Lingo reunió hasta ocho religiosos prisioneros.

La insolencia de los moros llegó á tanto, que se les vió en la bahía de Manila en lanchas como las de los pescadores, muchos de los que llevaron presos á su país. Algunos piratas y renegados asistieron furtivamente á las retretas nocturnas de la plaza de Palacio.

En Malate cautivaron una noche á 20 personas que volvían de asistir á un entierro en Pasay.

Los pueblos de Tambobo y Parañaque, de la provincia de Manila, sufrieron asimismo gran daño en las personas de sus habitantes y en sus embarcaciones.

Anda, que desde 1770 desempeñaba el gobierno de las islas, acordó organizar la armada de Pintados sobre mejores bases, é hizo erigir en el Corregidor una torre fortificada para que se vigilase la aproximación de los piratas á Manila.

El 7 de Junio de 1771 apareció en Aparri (Luzón) una armadilla de moros, cautivando al misionero de Paniqui, Fr. Joaquín Sancho, que á la sazón se hallaba en Lal-lo, y á varios indios, todos los cuales lograron más tarde fugarse.

CAPÍTULO XXI.

Obtienen los ingleses de Bantilan la cesión de la isla de Balambangan, y la fortifican.—Evacuada Manila, conducen á Joló á Ali-Mudin y éste confirma la cesión expresada.—Muere Bantilan, y le sustituye Israel por renuncia de Ali-Mudin.—Divídense los joloanos en dos bandos, uno á favor de los españoles y otro de los ingleses.—El gobernador de Zamboanga comisiona al oficial Alvarez para cerciorarse de las disposiciones del sultán.—Cumple bien su comisión, y recaba la amistad de muchos dattos.—Decide el gobierno castigar á los piratas ilanos y la manera de que los ingleses abandonen á Balambangan.—Confírese esta comisión al teniente coronel Cencelly, marcándole instrucciones concretas.—Falta á ellas, va á Joló, provoca las iras de los moros, compromete la causa de España y da lugar á que los ingleses exploten á su favor el suceso.—Dispónense los joloanos á la resistencia, y se niegan á tratar con Cencelly.—Regresa este imprudente jefe á Zamboanga, sostiene grandes cuestiones con el gobernador de la plaza y procura sublevarle las tropas.—La prudencia del gobernador evita una colisión entre las fuerzas españolas, y comisiona, además, dos oficiales para contrarrestar en Joló los perjuicios causados por Cencelly.

Afanosos los ingleses de poseer algún territorio en el Archipiélago joloano, habían conseguido de Bantilan, aunque no sin dificultad, que les cediese la isla de Balambangan, proponiéndose fundar en ella un establecimiento ó factoría. La fortificaron con dos sólidas baterías paralelas, que dominaban el mar, artilladas con mucha y gruesa artillería, edificando entre ambas la casa del gobernador de la nueva colonia.

La escasa importancia de esta isla y su poca salubridad, les impulsó á solicitar en su lugar la isla de Tan-

dundalaga, costa N. de Borneo, inmediata á la residencia de aquel sultán; pero él se opuso enérgicamente á la vecindad de tan molestos huéspedes.

Conocidos estos hechos en Madrid, ordenó el Rey reforzar el presidio de Zamboanga, para tenerle dispuesto á cualquier evento.

Al evacuar á Manila los ingleses, M. Brereton transportó á Joló en el buque almirante á Ali-Mudin y á su hijo Israel, confirmando el primero la cesión que de dicha isla les hiciera Bantilan en 17 de Enero de 1763. Muerto éste, y no queriendo Ali-Mudin ejercer el mando á causa de su vejez, abdicó en Israel. Los joloanos, entonces, se dividieron en dos bandos, uno á favor de los ingleses, á cuya cabeza estaba el datto Zalicaya, generalísimo del mar, y otro en contra, dirigido por Israel y el sultán padre (1).

El hijo de Ali-Mudin había participado á Carlos III su exaltación al trono, y el monarca español le felicitó por sus buenas disposiciones respecto á España (2).

(1) "Los ingleses, observando la tempestad que les amenazaba, consiguieron desunir á los dattos á fuerza de regalos y sobornos. Sembrar el odio contra España era uno de sus medios; mas el salip, ó sea el arzobispo ó patriarca de los moros, anciano marroquí que caminaba encorvado con la ayuda de un báculo, pero que en su juventud había sido de armas tomar, se puso de nuestra parte, comparando á los ingleses con una noche tenebrosa de invierno, precursora de desventuras, y á los españoles con una mañana de primavera, que convida á los jornaleros á trabajar."—(*Guerras piráticas de Filipinas contra mindanaos y joloanos*, corregidas é ilustradas por D. Vicente Barrantes: Madrid, 1878.)

(2) Decía Anda al Rey acerca de esto:

"El referido sultán desea vivamente nuestra amistad: se manifiesta sentido de que no se respondiese á la carta que su padre Fernando I escribió á V. M., y él mismo escribe ahora la adjunta, en que intenta

El gobernador de Zamboanga, D. Raimundo Español, secundando órdenes emanadas de Manila para que procurara asegurarse de las disposiciones del sultán por medio de una persona de su confianza, confirió este encargo al subteniente sargento mayor de dicho presidio D. Manuel Álvarez, algo emparentado con el sultán, y muy amigo de algunos dattos con quienes había vivido en Manila. Le acogieron con gran franqueza y alegría, incluso la sultana, que le acompañó con su comitiva á la casa que le fué destinada, obsequiándole después mucho. Es curioso el que para sacar Álvarez más fruto de sus gestiones y atraer partidarios al bando español, utilizó su habilidad en el baile, dando lecciones de minué y paspié á la sultana, princesas y dattos, locamente aficionados á estos ejercicios.

Cincuenta y tres días permaneció Álvarez en Joló, y durante ellos celebró muchas conferencias con el sultán y los dattos, estipulando mutuas concesiones, pero mediante la protección de España y con exigencias no todas admisibles.

A su regreso le acompañaron á Zamboanga varios dattos, para realizar de paso negocios de comercio.

El gobernador de la plaza, con sus acertadas medidas, logró contener á los piratas ilanos, apostando barcos en la contra-costa de Basilan. En una ocasión las dos falúas y ocho vintas allí destinadas echaron á pique cinco pancos, de 13 que salieron á probar fortuna.

ponerse bajo la real protección de V. M. y establecer alianza con este gobierno, á cuyo fin piensa despachar embajador á Manila, etc.,

El sobrescrito de la carta del sultán de Joló, era: "Al victorioso gran monarca del mundo y felicísimo emperador de las Indias," y su contenido estaba en lengua persiana, según el traductor. El original se halla en el archivo de Alcalá, legajo 2.849. (Véase el Apéndice, pág. 42.)

La estancia de los ingleses en el territorio joloano era sobrado molesta para que el gobierno de España pudiera avenirse á sufrirla. Anda, de acuerdo con el gobernador de Zamboanga, dispuso el envío de una expedición á Balambangan, y creyendo acertar, confiere mision tan delicada al italiano D. Juan Cencelly, teniente coronel de uno de los regimientos de infantería de Manila.

Con arreglo á las instrucciones que se le dieron, debería dirigirse por entre las islas de los Mosquitos y Pilar á castigar á los piratas ilanos de la islita llamada Cagayán de Joló, próxima á Balambangan, yendo á caer, como por casualidad, al establecimiento inglés. Encargósele que, una vez en este punto, oficiara al jefe de la fuerza, extrañando verlos establecidos en una isla sujeta al dominio de España, debiendo prevenirles que la evacuasen.

Se le prohibió hacer uso de la fuerza, y sí sólo amenazar con que el gobierno de España protestaría cerca del de la Gran Bretaña por semejante violación. A la vez se le previno que levantara los planos de sus fortalezas y de los fondeaderos de la isla, pasando seguidamente á Joló á entregar al sultán los pliegos reservados que le daría el gobernador de Zamboanga, sin perjuicio de hacer el corso contra todos los enemigos que á su paso hallara, excepción hecha de los vasallos del sultán de Joló y los súbditos mindanaos del príncipe Quibad Zajarial, á la sazón en paz con España.

En Joló, después de exponer al sultán y á los dattos lo improcedente de la concesión hecha á los ingleses, debería pactar la libre entrada de los joloanos en los puertos españoles y de éstos en los de Joló, y el envío de fuerzas á la capital por si necesitaban su auxilio para

arrojar á los ingleses de su territorio, asegurándoles que en manera alguna se inmiscuirían en su gobierno interior.

También les debía proponer que fuese un datto á Manila para representar á su país, en cuyo caso pasaría un jefe español con igual cargo cerca del sultán; y diéronsele, en resumen, amplias instrucciones encaminadas á afirmar la armonía y buena inteligencia que tan conveniente era en aquellas circunstancias. Las instrucciones de Anda están fechadas el 17 de Abril, y las de Español el 29 de Diciembre de 1773. Español convino con Cencelly en participar al sultán de Joló el próximo arribo de dicho jefe á su corte, pasados seis días de su salida de Zamboanga, para que el factor inglés en Joló, M. Coll, no estorbase los planes expresados si se enteraba con sobrada anticipación, puesto que lo avisaría á Balambangan.

El 30 se hizo Cencelly á la mar en la galera *Santa Teresa*, con las dos galeotas *San Clemente* y *Soledad*, bien pertrechadas, con buena tripulación y provistas abundantemente de provisiones para dos meses. Llevaba por segundo á D. Rafael Franco, capitán de su regimiento; por almirante, al capitán de marina D. Ignacio de Larra, y por mayor de órdenes, al teniente de su mismo cuerpo, D. Francisco Bayot. En lugar de cumplir las instrucciones recibidas, marchó directamente á Joló, con pretexto de reponer el agua que decía le faltaba (1), á cuya rada llegó el 4 de Enero de 1774. Aunque el sultán no había tenido aviso alguno,

(1) De acuerdo con Cencelly, el teniente D. José Avilés hizo derramar el agua que llevaba á bordo, y que los oficiales se quejasen del mal estado de los víveres.

se dispuso á recibir cortesmente al jefe de la escuadra; pero al ver que no daba fondo ni saludaba á su bandera, sospecharon mal los joloanos de aquellos buques. Para salir de dudas, envió el sultán uno de sus oficiales á enterarse del objeto de su visita, y la respuesta que obtuvo fué que ya el gobernador de Zamboanga le mandaría á decir las grandes novedades que ocurrían.

Esta extraña respuesta y el hecho de continuar los buques su rumbo con dirección á otras islas del interior, hizo temer un desembarco, y comenzaron en el instante sus preparativos de defensa. Los ingleses explotaron el suceso, exagerando las intenciones de los españoles para incitar á los joloanos á la resistencia. El sultán dudaba que dichos barcos llevasen ningún intento hostil, y así lo manifestó en la junta; pero tuvo que ceder ante las acusaciones del bando inglés, pues hasta lo tuvieron por traidor. Los feroces guimbas bajaron de los montes; los chinos, que en número de 4.000 residían en Joló desde su expulsión de Manila en 1758, se apercibieron para la lucha, formando un cuerpo de ejército, y los naturales y renegados otro, dedicándose con ardor á poner la plaza en pie de guerra.

Llega en esto á Joló el notario eclesiástico de Zamboanga, D. Graciano de Rojas, con los pliegos del gobernador de Zamboanga, anunciando el próximo arribo de Cencelly, y los ánimos se tranquilizan un tanto; pero la reaparición de su escuadra y el haber apresado en la misma ría á una barca joloana, infunde nuevas sospechas y hace pensar que sus intenciones son realmente hostiles.

Fondea la pequeña flota frente á Joló, fuera de tiro de cañón, en la isla llamada Huerta del Rey, dejando transcurrir todo el día sin dirigir los saludos correspon-

dientes ni ninguna otra señal de deferencia á la plaza. Al siguiente destaca una lancha á hacer aguada, y al atracar á la playa, se lanzaron los moros sobre sus tripulantes, que hubieran perecido á manos de la turba amotinada á no haberlo impedido los dattos Ali-Mudin, Manancha, Moloc y Teteng, pertenecientes al partido español.

Entonces desembarcaron los oficiales D. Rafael Franco, D. Ignacio Saavedra y D. Francisco Bayot, para pedir satisfacción de aquella agresión; pero el consejo de los dattos replicó que la conducta irregular de su jefe á ello había dado margen, y que sus mismos oficiales, antes de cumplir el encargo que llevaban, habían estado comerciando en el barrio chino; que se volviera á Zamboanga, y que desde allí evacuase su comisión.

Cencelly trató de ir á tierra, disculpándose con la torpeza de Español en no dar antes aviso de su llegada; pero no quisieron consentirlo ni oírle, mandándole á decir que Español no hubiese procedido de este modo.

A no estorbarlo sus oficiales, es seguro que Cencelly emplea la fuerza al recibir tal respuesta. Mas no por eso cambió de táctica, sino que escribió á un chino conocido suyo, llamado Manuel Rubio Unsay, que le mandara doce moras para él y sus oficiales, esperando que, al enterarse de su carta el sultán y los dattos, le darían motivo para apelar á las armas.

La incalificable conducta de Cencelly, inspirada por antiguas rivalidades con Español, y en odio á sus planes, puso en grave compromiso al sultán y á los partidarios de España, pues el pueblo en masa se amotinó clamando guerra contra los españoles. Armáronse hasta los habitantes de las islas circunvecinas, dirigidos

por los ingleses, y por do quiera se escuchaban imprecaciones y gritos de guerra y venganza contra España. En Tandundalaga y en Sibuyan levantaron nuevas fortalezas, bajo la dirección del factor inglés y del datto Zarapudin, artillándolas con un cañón de á 36, cinco de á 16, diez de á 12, diez de á 8, cuatro de á 6, cuatro de á 4, y otros varios de inferior calibre. El inglés M. Brun, que había servido en el ejército de su país, fué encargado de la defensa.

Aún trató Cencelly de que los dattos suscribieran un testimonio á favor suyo y en contra del gobernador de Zamboanga; mas el sultán hizo pedazos el escrito á vista del emisario de aquel imprudente jefe. Cencelly levó anclas entonces y regresó á Zamboanga (24 de Enero), al cabo de veinticinco días tan neciamente empleados, fracasando así los proyectos relativos á Balambangan. Desembarcó la tropa que con él iba, sin contar para nada con el gobernador, y se negó á presentarle su diario de operaciones (1).

(1) Este diario original, cuya fecha es de Zamboanga á 16 de Abril de 1774, obra en el archivo de Alcalá, legajo 2845, cuyo título es: "1744. *Expedición para la colonia inglesa de Balambangan, Joló y Zamboanga.*," remitido en comunicación de igual fecha al conde de Aranda, al que llama Cencelly en sus cartas su protector. En una de 20 de Marzo del citado año, se firma "su recluta," y en ella calumnia al gobernador de Zamboanga.

En el mismo legajo existen copias, autorizadas por Cencelly, de las cartas dirigidas por él al sultán de Joló, á algunos dattos y al gobernador de Zamboanga, y de las contestaciones respectivas, cuyas copias fecha el 18 de Abril de 1774. Podrá formarse idea de esta correspondencia por las tres cartas siguientes:

"Muy señor mío: Con harto dolor escribo esto á V. S., pero me es preciso declararme, porque en la Junta que se hizo anoche y lo que salió por dictamen de mis consejeros, era que V. S. se retirase primero para el presidio de Zamboanga, y desde allí hará V. S. un despacho

Lejos de arrepentirse ó de reconocer su conducta im-
política, aún sostuvo con Español graves contiendas,
faltando á la subordinación y á toda clase de conside-

para este reino, avisándome, y á todos los de mi consejo, para su veni-
da á este reino. Sobre este particular, sin duda ninguna, será V. S. re-
cibido con aquellos honores que se debe recibir como á segunda perso-
na del muy ilustre señor y capitán general de las islas: esto se lo supli-
co á V. S. haga por mí, para que quede yo sano entre los míos, y no
me culpen en algún modo, pues de éste mi reino me tienen algunas sos-
pechas: como me crié entre los españoles, dicen que soy apasionado co-
mo criado entre ellos; y así, vuelvo á suplicar á V. S. haga esto para que
las cosas vuelvan en su lugar, pues que contemplo esto muy descom-
puesto.—Reino de Joló y Enero 6 de 1774.—B. L. M. de V. S. quien
desea servirle.—El sultán, Muhamad Israel.—(Sello.)„

Respuesta.

“Señor: Mi más venerado señor, amigo y hermano: Doy á V. A. las
gracias por lo mucho que nos favorece y ha hecho por los españoles, y
espero que todos esos señores queden muy satisfechos de nuestra amis-
tad, que nos será favorable á todos.

„Deseo cuanto antes dar un abrazo á V. A. y todos mis oficiales, y
se ofrecen á la disposición de V. A. y mi señora la sultana. Deseo á
V. A. la más perfecta salud, ínterin ruego á Dios le guarde muchos
años.—A bordo de la *Capitana*, 7 de Marzo de 1774.—M. I. S.—Señor:
Juan Cencelly.,„

“Muy señor mío: Ahí va mi primo el príncipe Teting en lugar de mi
persona, para que se vea con V. S., en señal de que todavía hay com-
posición de las cosas de nuestra amistad, que los de este reino tiran á
perderla, persuadidos de unos hombres mal intencionados, y lo declaro
á V. S. que son los ingleses que están acá infundiendo á los dattos el
no consentir á los españoles que estén en este reino, dando dádivas á
los que puedan perturbarlos. Suplico á V. S. que el capitán D. Ignacio
Saavedra vuelva otra vez con el mismo mi primo para todo el día de
mañana, para ver en qué paran las cosas, y que yo escribiré todo, á fin
de que V. S. quede inteligenciado.—Dios nuestro Señor guarde á V. S.
muchos años.—Reino de Joló, Enero 8 de 1774.—B. L. M. de V. S. su
afectísimo amigo, el sultán Muhamad Israel.—(Sello.)—Señor teniente
coronel D. Juan Cencelly.,„

raciones, miramientos y conveniencias, prevalido de su poder y apoyado en las tropas que mandaba, cuyos vicios consentía por tenerlas de su parte, y merced también á la prudencia del gobernador de Zamboanga, que quiso evitar el tristísimo espectáculo de un combate entre soldados hermanos. Español mandó inmediatamente á Joló á D. Ignacio Saavedra y á Don Alonso de Castilla (8 de Febrero), con encargo de dar satisfacción al sultán por lo ocurrido. Estos oficiales fueron muy agasajados por los dattos amigos, pero no lograron calmar la efervescencia de los joloanos, estando los ánimos excitados contra los españoles con motivo de la torpe conducta de Cencelly, hábilmente explotada por los ingleses, á pesar de las afectuosas cartas de Español. El insensato Cencelly procuró sublevar á los soldados contra Español, pero no pudo conseguir su menguado intento.

En una ocasión en que los presidiarios y aun los soldados se habían insubordinado, pidió Español á Cencelly el auxilio de las tropas de su mando, conforme correspondía; pero este indigno jefe le contestó *de oficio*, diciéndole que el único auxilio que le podía dar era el de una moza de tres que tenía de diferentes colores (1).

(1) Las consideraciones del autor anónimo, cuyo manuscrito ha corregido y publicado el erudito Sr. Barrantes en su obra *Guerras piráticas de Filipinas*, relativas al mal comportamiento de Cencelly, se ajustan á la verdad de los hechos, según hemos tenido ocasión de comprobar por los documentos originales que existen en el archivo de Alcalá.



CAPÍTULO XXII.

La severidad de los ingleses con los dattos joloanos atrae sobre aquéllos grande enemistad.—Impone el gobernador de Balambangan un castigo al datto Teteng, y jura vengarse.—Concierta con sus parientes y amigos sorprender la colonia inglesa.—Consigue su intento.—Son muertos la mayoría de los ingleses, y se apodera Teteng de un gran botín.—Los joloanos, temerosos de la venganza de Inglaterra, desaprueban lo hecho por aquel datto.—En vista del completo triunfo de Teteng y de su liberalidad en compartir con el sultán y sus consejeros el botín, celebran alegremente su victoria.—Procura Teteng vender en Zamboanga varios efectos, envía un regalo al gobernador y ello sirve de pretexto á Cencelly para sostener nuevas polémicas con Español.—Las representaciones de uno y otro al gobernador de las islas, le deciden á relevar al gobernador de Zamboanga.—Cencelly provoca también á Bayot, sucesor de aquél, regresando al cabo á Manila por haber ascendido á coronel.—Envían los ingleses un buque á Joló á reclamar los efectos abandonados en Balambangan, pero se retira sin conseguir su objeto.—Los sultanes de Molucas entablan relaciones de amistad con Bayot.—Intenta Teteng sorprender á Zamboanga, mas al verse descubierto disimula su proyecto.—Marcha sobre Cebú y comete en la isla grandes desmanes.

La dureza y descortesía con que los ingleses trataban en Balambangan á los dattos, y el hecho de haber metido de cabeza en un cepo al revoltoso Teteng, concitaron las iras de los joloanos contra tan despóticos señores. Teteng juró vengarse, y fraguó secretamente, con prudencia y sagacidad, un complot para sorprenderlos y asesinarlos. Auxiliado por el datto Dacula, primo suyo; por el datto Tumango Isaac, y por otros parientes, amigos y servidores, cuyo número no bajaba

de 300, cayeron cautelosamente sobre la fortaleza en la noche del 5 de Marzo de 1775, atacándola con furia y poniéndola fuego. Los ingleses estaban desprevenidos, y á excepción del gobernador y cinco individuos que pudieron embarcarse en un bote y ganar un bergantín, los restantes pagaron el descuido con la vida (1). El gobernador de la colonia, aterrado, mandó largar velas y pudo escaparse, dejando en poder de los moros cuantiosas municiones, barcos, utensilios, dinero, armas y pertrechos de todo género, y una barca, un bergantín, dos pontines, 45 cañones, 250 fusiles, 200 quintales de pólvora, 22.000 balas, 35 pistolas, hierro, clavazón, plomo, estaño, oro en barras y 24.000 pesos en plata.

Al saberse este suceso en Joló (9 de Marzo), el consejo de los dattos desaprobó lo hecho por Teteng y lo declaró indigno de sus títulos, temiendo la venganza de los ingleses; pero pasado el terror de los primeros días, y en vista del cuantioso botín recogido por Teteng, quien lo compartió generosamente con el sultán y los dattos, el temor y la enemistad se tornó en plácemes y agasajos, celebrando gozosos, con fiestas públicas y báquicas orgías, la expulsión de aquellos molestos vecinos.

El factor inglés Coll y algunos compatriotas suyos se fugaron de Joló en un champán chino, mas el segundo factor que quedó en la isla murió de miedo al verse solo y saber lo de Balambangan.

El sultán, en carta escrita al gobernador de Zamboanga, de acuerdo con el consejo de los dattos, de-

(1) En un principio eran 400 los que ocupaban á Balambangan, entre ingleses y cipayos; pero el clima los redujo á 75 soldados de infantería y 25 de artillería, un gobernador, un sargento mayor, un comandante del fuerte y varios oficiales y subalternos.

mandaba la protección de España para en el caso de que los ingleses atacasen á Joló en venganza de lo acaecido en Balambangan, invocando el tratado de 1737, que precisamente excluía á las naciones europeas de la alianza ofensiva y defensiva por él estipulada, como Español lo hizo saber al consejo joloano.

Teteng escribió al gobernador de Zamboanga noticiándole su hazaña, pero no la atribuía á venganza personal, sino á que los ingleses se mofaban del sultán, llamándole, en presencia suya y de otros dattos, *raíz de camote*.

Solicitaba de paso que le permitiera expender en Zamboanga su botín, y para predisponerlo en favor suyo, enviaba como regalo una pieza de paño azul y otra de grana para uniformes.

Cencelly, que no había cesado de provocar á Español por mil diversos medios, tomó pretexto de este regalo para sostener con él nuevos altercados; y tales y tantas fueron las quejas elevadas á Manila por uno y otro, que el gobernador general relevó á Español del mando que desempeñaba, aunque fundando la medida en que había cumplido el tiempo reglamentario (1). Le substituyó el teniente coronel D. Juan Bayot (6 de Junio de 1775), quien también tuvo que sufrir las rivalidades de Cencelly, hasta que llegó orden de que fuese éste á Manila á tomar posesión de su ascenso á coronel del regimiento del Rey, ascenso inmerecido, puesto que debió someterse á un proceso que pusiera en claro su conducta; lenidad que no se explica, toda vez que con

(1) El 20 de Abril de 1765 da cuenta Cencelly al gobernador de las islas de lo ocurrido en Balambangan, y pide le encargue de dirigir una expedición contra Joló, procurando en su escrito, como siempre, hacer el mayor daño posible á Español.

su torpe proceder creó en Joló el más violento estado de cosas contra la causa de España, frustrando los proyectos relativos á Balambangan.

Es posible que influyera en ello el que los joloanos habían resuelto por sí mismos la cuestión principal arrojando de allí á los ingleses. Éstos mandaron, á principios de Julio, un buque á reclamar los efectos que abandonaran en Balambangan, y á que se les posesionase nuevamente de la isla; pero al cabo de cinco días de inútiles gestiones, dejó dicho buque las aguas de Joló sin conseguir nada.

Con la marcha de Cencelly á Manila pudo el gobernador de Zamboanga dedicarse á asuntos de su cometido, consiguiendo restablecer la buena armonía con los pueblos vecinos.

El sultán de Molucas y de la isla de Bachanan, Sajudin, solicitó su amistad por mediación del hijo del sultán de Ternate, Jaddic, cuyo enviado pactó con Bayot relaciones comerciales, obsequiándole con dos *picos* de nuez moscada, dos macetas de la misma especie y de clavo y un precioso loro.

También los mindanaos mandaron un emisario á cumplimentar á Bayot, ofreciendo el príncipe Quibad perseguir á los piratas ilanos y á los joloanos, por ser quienes los protegían.

El buen éxito de la sorpresa de Balambangan sugirió á Teteng la idea de probar igual fortuna con respecto á Zamboanga, á cuya plaza fué con 4 pancos y 30 vintas, tripuladas por 440 hombres. Las precauciones adoptadas por el gobernador del presidio, de antemano avisado, frustró la empresa, pretextando después Teteng que su intención era hacer operaciones mercantiles. A su salida de Zamboanga puso el rumbo hacia

Cebú, en cuya isla cometi6 horribles atropellos, regresando á poco con los frutos de su pillaje, sin que el consejo de los dattos atendiese las reclamaciones del gobernador de Zamboanga ni reprimiera jamás idénticos actos de vandalismo, que se repitieron bastante, por desgracia, durante los últimos años de la segunda época en que el insigne Anda ejerció el mando superior de Filipinas.

Este eminente patricio, en carta de 30 de Noviembre de 1773, había expuesto al Rey la falta de recursos para construir galeotas; y como consecuencia de ella, por Real orden de 27 de Enero de 1776, dictada á propuesta del Consejo de Indias, se enviaron á Filipinas 50.000 pesos, aprobándose las *Ordenanzas de corso*.

CAPÍTULO XXIII.

Depredaciones de los moros durante el gobierno del sucesor de Anda. —Hace construir una escuadrilla de vintas para perseguirlos.—Los partidarios de Ali-Mudin II, hijo de Bantilan, envenenan á Israel y aquél ocupa el trono.—En el acto renueva la guerra contra España. —El nuevo gobernador de Filipinas, Basco y Vargas, declara el corso contra los piratas, hace reparar los fuertes de Visayas y Mindanao y establece cuatro divisiones de vintas.—El capitán Gómez desaloja á los piratas de Mamburao.—Renace el comercio entre Visayas y Luzón.—El sultán de Joló solicita paces.—Brillante campaña de Gómez contra los moros en Burias y otros puntos.—El corregidor de Misamis obtiene también sobre ellos notables ventajas. —Suceso erótico de un datto moro.—Creación de la medalla *premio al valor*.—Conquista Basco las islas Batanes, y mientras tanto cometen los moros grandes incursiones en las Visayas.—Desmanes de los piratas durante el gobierno del brigadier Marquina.—Crueldad de los moros en Ajui y Barotac.—Muere Ali-Mudin II y le sucede Sarpudin.—Su falacia.—En su época aumenta el comercio entre Joló y Manila.

A la muerte del ilustre Anda y Salazar, acaecida el 30 de Octubre de 1776, se encargó del gobierno de Filipinas el teniente de rey D. Pedro Sarrío. Los moros infestaban más que nunca nuestras costas. Tratóse de tomar alguna providencia contra ellos, previo un expediente que fué al fiscal; éste pidió se comunicase á los oficiales contadores; de aquí pasó al asesor, y mientras transcurría el tiempo en idas y venidas, los moros asolaban el país impunemente. Al fin, con los 50.000 pesos mandados librar en virtud de la consulta de Anda, hizo Sarrío construir una escuadrilla de vintas, embar-

caciones que, por su ligereza y poquísimo calado, eran más á propósito para la persecución de los piratas que las pesadísimas galeras, debiendo además llevar pilotos de la Real armada para reconocer las costas, levantar planos de los puertos, señalar los bajos y escollos, son-
dar los mares, etc.

El sultán de Joló, Israel, fué envenenado por los partidarios del hijo de Bantilan, llamado, como su tío, Ali-Mudin. Este entró á gobernar á principios de 1778. Inmediatamente, y sin previa declaración de guerra ni hostilidad alguna por parte nuestra, emprendieron de nuevo los moros sus excursiones asoladoras á las provincias limítrofes de su territorio.

El gobernador propietario, D. José de Basco y Vargas (28 de Setiembre de 1778), declaró el corso contra los piratas; determinación que no dió grandes resultados, porque las embarcaciones de los mahometanos, como antes hemos dicho, nunca llevan efectos de valor, y pocos armadores quisieron utilizar las ventajas concedidas. Hizo reparar los fuertes de las provincias de Mindanao y de Visayas, renovando su artillería, y mandó construir en Cavite una galeota y seis vintas.

Formó después cuatro divisiones en Cebú, Iloilo, Zamboanga y Calamianes, puntos desde los cuales se podía acudir más prontamente á castigar las correrías de los piratas.

El 9 de Diciembre del citado año, fué el valeroso capitán de la marina sutil, D. José Gómez, á la punta de Mamburao, isla de Mindoro, á desalojar de allí á los piratas establecidos tiempo hacía en su fuerte.

Incendió sus pueblos y embarcaciones y taló las sementeras.

Contenidos los piratas por las eficaces medidas del

gobernador general, comenzó á tomar bríos el comercio, y sólo de Samar, cuyo tráfico con Manila estaba paralizado por más de diez años, fueron á la capital 43 caracoas en el de 1779.

El sultán de Joló se humilló á pedir paces á Basco en 1781 por medio de una humilde carta, y á la par devolvía una balandra apresada cerca de Antique por un valeroso datto, declarándola espontáneamente mala presa, hecho inusitado entre los piratas.

En 1782 el capitán Gómez hizo una valiente campaña en las aguas de Burias, apresando y destruyendo bastantes embarcaciones piratas.

Se impuso de tal modo á los moros por su extraordinario valor, que huían despavoridos al oír su nombre.

El corregidor de Misamis, D. Jerónimo Sacristán, logró coger y echar á pique 150 embarcaciones, liberando muchos cautivos y haciendo prisioneros á dos caciques moros. También los alcaldes mayores de Samar, Iloilo y Albay, les infirieron el mayor daño posible.

Como suceso curioso, consignaremos que un titulado príncipe moro, el datto Ilim, á poco de establecido en Iloilo, pasó á Manila en seguimiento de una *principala* del pueblo de Ajui, de quien estaba enamorado. Para poder casarse con ella, abjuró sus creencias, recibiendo al bautizarle el nombre de José Mariano del Carmen. Efectuado el enlace que tanto ambicionaba, prestó tan buenos servicios en persecución de los piratas, que fué agraciado con el empleo de capitán de marina, siendo fiel á la causa de España hasta su muerte.

Basco instituyó una medalla de *premio al valor*, condecorando con ella primeramente al alcalde de Albay, D. Pedro Esteban, por sus triunfos contra los moros.

La adquisición de las islas Batanes, hecho de armas que valió á Basco el título de marqués de la Conquista, distrajo algún tanto las fuerzas destinadas á la persecución de los piratas. Éstos cautivaron á muchos infelices indios en las costas de Calamianes, Iloilo é isla de Negros. Solamente de los pueblos de Jimamaylan y Binalbagan extrajeron 130 cautivos, reduciendo á cenizas ambos pueblos (1785). Dicha armadilla, unida á otras, que en total sumaban 95 velas, después de piratear por las costas de Zamboanga, quemó en Calamianes el pueblo de Dumarán. Hasta en las aguas de Bulacán cautivaron los atrevidos piratas un parao, procedente de Abucay.

Al regreso de Basco á España, quedó de nuevo al frente del gobierno D. Pedro Sarrio. Hizo formar un estado de lo que costaba en Mindanao y Visayas el sostenimiento de los fuertes, embarcaciones y sus tripulantes, resultando que se invertían en tales atenciones 101.300 pesos al año.

Durante el gobierno del brigadier D. Félix de Marquina (1788 á 1793), los moros cometieron grandísimos desmanes, permaneciendo nuestra marina casi á la defensiva.

En 1789 escribió al Rey el gobernador, diciendo que la guerra constante de los malayo-mahometanos «era un mal sin remedio.»

Mientras que en la capital de las islas se tramitaba un interminable expediente incoado por el gobernador de Iloilo, D. Juan Suárez, para las atenciones de personal y material de las vintas, los moros corrían á sangre y fuego las provincias.

En Ajui y Barotac cautivaron á más de 400 personas, con la crueldad de arrojar al agua á los niños de

pecho. El alcalde D. Francisco Bayot, expuso al gobierno, con toda energía, la necesidad de reparar la armadilla, y al efecto, acompañó un reglamento para que los gastos precisos corrieran de cuenta de la Hacienda, siendo aprobado en junta de autoridades de 20 de Setiembre de 1790.

Mahomet Sarpudin, elegido sultán á la muerte de Ali-Mudin II, fué tan artero y falaz como todos sus antecesores, pues protestando de su buena fe públicamente, disponía en secreto diversas expediciones de piratas ilanos contra los buques mercantes, algunos de los cuales apresaron sus mismos servidores (1792). El 1.º de Enero de 1793 saquearon y quemaron los moros un pueblo de Leyte, cautivando 120 personas.

A pesar de la mala fe de los moros, en lo que respecta á sus piraterías é incumplimiento de sus tratados, hubo mutuo comercio entre Joló y Manila durante el mando del expresado brigadier Marquina (1).

(1) Los pasaportes que el sultán de Joló expedía á sus súbditos que pasaban á comerciar á las provincias sujetas al dominio de España, estaban redactados en la forma siguiente:

“Yo soy el sultán Majumat Sarpudin, hijo y nieto de innumerables sultanes de Joló y sus posesiones obedientes.

„Concedo mi favorable licencia á..... para que pueda transportarse á Manila á efectos de comerciar, y ruego á mi muy caro el gobernador de Filipinas y cuantos oficiales encontraren por mar y por tierra, abran el camino á la embarcación, que así es mi deseo; en prueba de lo cual pongo este sello.„



CAPÍTULO XXIV.

Gobierno de Aguilar.—Expedición de Casamara.—Reune Aguilar en junta á las autoridades, examinan antecedentes y acuerdan varias medidas para hacer la guerra á los moros.—Expedición de Gómez á Mindoro.—Correrías de los ilanos.—Atacan los joloanos á la fragata del comercio *Constante*, á su regreso de Joló.—Diversas expediciones contra los piratas.—El temor de que los ingleses atacaran á Manila, impide llevar la guerra á Joló.—Proyecta Aguilar contener á los moros con negociaciones diplomáticas.—Entáblanse mutuas relaciones comerciales.—Cruel alevosía que cometen con el teniente Arcillas.—Expediciones de Elgóibar y de Gómez.—Fondea en Manila una poderosa escuadra española.—Se desperdicia la ocasión de utilizarla contra los moros.—Nuevas depredaciones de éstos en diversos puntos.—Paces con el sultán de Borneo.—Los ingleses ocupan por segunda vez á Balambangan.—Combate una fragata inglesa á otra francesa al servicio del gobierno.—Valor del cura Narváez.—Los ingleses son rechazados de las costas de Zamboanga.—Paces con el sultán de Joló.—Abandonan los ingleses á Balambangan.

El 1.º de Setiembre de 1793 se hizo cargo del gobierno supremo de Filipinas el brigadier de ejército Don Rafael María de Aguilar.

Era hombre de iniciativa y de valor, y quiso, desde los primeros momentos, poner coto á las demasías de los piratas; pero las noticias de que los ingleses iban á invadir nuevamente á las islas, le impidieron realizar por el pronto sus proyectos.

Sabedores los ingleses de que Manila estaba perfectamente preparada para resistirles, no se determinaron á aproximarse á su bahía y creyeron mejor aliarse con los joloanos, incitándoles á invadir las Visayas.

A consecuencia de haberse recibido aviso del alcalde mayor de Tayabas de que 80 pancos de moros estaban frente al sitio de Sabongcogon, jurisdicción de Munalay, salió el 19 de Diciembre de 1793 una armadilla compuesta de dos galeotas, seis lanchas cañoneras, seis vintas y tres pancos, á las órdenes del capitán del regimiento del Rey, D. Juan Casamara.

Fué poco acertada esta expedición, porque siempre llegó tarde á los lugares visitados por los piratas. Después de recorrer algunas islas con varios contratiempos, por efecto de la pesadez de unos buques, el mal estado de otros y de las disidencias entre los oficiales, regresó á Manila á fines de Abril, sin más fruto que la libertad de unos cuantos cautivos y el recoger insignificantes restos de la estancia de los moros en la provincia.

El gobernador de Filipinas, en su deseo de acabar con los crueles piratas mahometanos, reunió en junta á las autoridades del país y personas conocedoras de las islas del Sur de Filipinas.

Del examen de multitud de documentos al efecto recopilados, justificáronse plenamente las pérdidas que en vidas y haciendas experimentaban las provincias más próximas á sus islas.

Según datos oficiales, cautivaban los moros al año sobre 500 personas, destinándolas á penosísimos trabajos. Los ancianos, como de menos utilidad, eran vendidos á los habitantes de Sandakan, quienes los sacrificaban á los manes de sus parientes difuntos ó de personajes importantes, conservando el cráneo de las víctimas en demostración de que habían cumplido tan bárbara costumbre.

Uno de los vocales, el capitán de la marina sutil Don

José Gómez, tan sumamente práctico en cuanto concernía al asunto, fundándose en que la autoridad del sultán sobre los dattos es más bien nominal que efectiva, aseguró que sólo por la fuerza podía hacerse entrar en razón.

De los documentos examinados aparecía también que desde el establecimiento de las vintas, en 1778, hasta fin de 1793, iban gastados en sueldos, buques, expediciones, etc., 1.519.209 pesos fuertes, aparte de pérdidas de otra índole verdaderamente incalculables; datos que demuestran el costo extraordinario de la incesante guerra contra los moros desde el comienzo de la dominación española en Filipinas.

En virtud de lo expuesto, acordó la junta en su última sesión, celebrada el 22 de Diciembre de 1794, que fuese permanente el corso contra los piratas; que se formaran seis divisiones, cada una de á seis lanchas cañoneras y un panco, tripuladas convenientemente, y dotando de buenos sueldos á los que en ellas sirvieran, con opción á las presas que hiciesen y á honrosas distinciones, debiendo suprimirse las demás embarcaciones, que tan caras é inútiles habían resultado. Se quitó á los alcaldes mayores toda atribución en materia de corso, para evitar el abuso de que utilizasen en provecho propio y en sus negocios comerciales á los buques del Estado, y se mandó reparar todos los fuertes de las Visayas, Mindoro, Tayabas, Batangas y Zamboanga.

El capitán de navío, comandante del arsenal de Cavite y teniente de rey de Manila, D. Francisco Muñoz y San Clemente, propuso que en cada división de las que se establecieran para perseguir á los piratas, fuese un piloto de la armada Real con el especial cometido de

reconocer, estudiar y levantar planos de los puertos, de su situación y abrigo, sus longitudes y latitudes, principales cabos y puntas, bajos y escollos, canales y sondas, mareas y corrientes, variaciones de la aguja, etc., cuya beneficiosa idea no fué aceptada.

Mientras se construían las lanchas, entabló Aguilar negociaciones de paz con la idea de conseguir, por medios amistosos, que los moros reprimieran sus excesos; pero éstos, dando buenas palabras, proseguían sus excursiones á las provincias, arrasando pueblos y cautivando gente.

El sultán de Joló, en su correspondencia, suplicaba que las fechas se regulasen por la Era cristiana y no por la Hegira, porque entendía mejor la primera.

El infatigable Gómez salió para Mindoro (1794), y á pesar de su edad avanzada era el primero en arrostrar los peligros. En las inmediaciones del río Maasin cautivó tres moros, huyendo los demás, cogiéndoles tres lantacas, cinco arcabuces, una escopeta, siete lanzas, dos sables, muchos batintines y banderas, y redujo á cenizas las casas que en aquellos parajes tenían.

Pasó á Burias y á Masbate, y dió alcance á cinco pancos moros; pero éstos se entraron por un río, cuyos campos comarcanos estaban cubiertos de espeso cogonal. Penetró por uno de sus brazos, y en lo más escondido del terreno halló una ranchería á medio incendiar y restos de embarcaciones recién destrozadas. De improviso parten varias flechas de entre la espesura, matándole á un soldado. Un marinero quedó herido, y no viendo los agresores, dispuso el reembarco.

En Julio llegó á Manila, sin otro resultado de su campaña.

Dos días antes de su regreso á la capital, habían

apresado tres pancos moros á una embarcación de Batangas, en la punta Santiago, y á un parao de Abucay, cerca de Tambobo.

A los pocos meses volvió á hacerse á la mar una armadilla compuesta de dos galeotas, seis vintas, tres pancos y cuatro lanchas cañoneras; parte de estos buques fueron á las costas de Luzón, Burias, Masbate, isla de Negros é Iloilo, y el resto á las de Mindoro, cuyo mando superior se confió al veterano Gómez.

Los joloanos estaban por esta época algo más sosegados, y se dedicaban al comercio con los traficantes de Manila; pero en cambio los ilanos, habitantes de la ensenada de Tubug, en la isla de Mindanao, y los naturales de Tampassook, frente O. de Borneo, hacían excursiones constantes, no sólo á las Visayas y otras islas de nuestro Archipiélago, sino también á las costas de Banca y Malaca, causando por donde quiera daños sin cuento. Los primeros iban mandados por los dattos Camsa y Anti. En Joló, Borneo, Macasar y Batavia, vendían á los esclavos.

El portugués D. Juan Carvallo, dueño de la fragata *Constante*, pasó desde Manila, donde estaba establecido, á comerciar con los joloanos, en Abril de 1794.

Allí fué testigo del descaro con que salían al pirateo los dattos más íntimamente ligados en parentesco con el sultán. De regreso á Manila, obligado por la fuerza de las mareas contrarias, tuvo que arribar á la isla de Pan de Azúcar, próxima á Iloilo. Cuando más desprevenida estaba su gente, salieron de una silanga inmediata ocho pancos moros, haciendo nutrido fuego á la fragata, con ánimo de abordarla. Estos moros eran los mismos que habían estado comerciando en Joló con Carvallo. La fragata se defendió bizarramente, y en la

refriega murió el datto Tabuddin, hermano del datto Camsa, yerno del sultán.

Esto prueba la mala fe de aquellos moros. Los piratas, algún tiempo después, asolaron la visita de Sirona (Camarines), y la misión de Himoragat, cautivando á muchos indígenas de Daet.

Antes de llegar á Manila la noticia de lo ocurrido á la *Constante*, salió una expedición al mando de D. Andrés González, con tres vintas, dos lanchas, dos pancos y un bote, recorriendo estas fuerzas las costas de Mindoro, Marinduque, Tayabas, Isla Verde, Maricaban y Punta Santiago.

Luego que se supo el asalto de la *Constante*, salió otra expedición al mando de D. José Gómez, con dos galeotas, tres lanchas, una vinta, un panco, un bote y una vintilla. En la lancha *San Francisco de Sales*, convoyada por otras dos lanchas, dos vintas y dos pancos, embarcó el piloto de la armada D. Jerónimo Delgado, con el encargo de levantar los planos de las provincias de Tayabas, Batangas y Mindoro.

En dos ocasiones más fué Carvallo á comerciar á Joló, llevando eficaces recomendaciones de Aguilar, de cuyo nombre abusó con exceso por cobrar sus créditos, dando esto origen á quejas y recriminaciones por parte del sultán, víctima de la conducta poco prudente de Carvallo.

La llegada á Manila, en Agosto de 1795, de las fragatas de la marina real la *Cabeza* y la *Lucía*, al mando de D. Ventura Barcáiztegui, llevando la noticia de que los ingleses, en guerra nuevamente con España, proyectaban la ocupación de las islas, hizo que se desistiera de llevar la guerra al archipiélago de Joló, fijando la atención de las autoridades en disponer lo necesario

para rechazar á ese otro enemigo no menos terrible.

Creyó Aguilar lo más conveniente recurrir á la diplomacia, y nombró para la negociación al teniente coronel del regimiento del Rey, D. Raimundo Español, confiándole además el gobierno de Zamboanga, que ya antes había desempeñado (1795). Aspiraba el gobernador general á que el primogénito del sultán de Joló, llamado Ali-Mudin, se coronase en Zamboanga, por el temor de que le arrebatase el poder el datto Maragaguinda, tío suyo, enemigo acérrimo de los españoles.

A principios de 1796 se dispuso otra armadilla con siete lanchas cañoneras y tres falúas, al mando de Gómez; pero éste no llegó á salir, y se hizo cargo de la expedición D. Andrés González.

Después se recibieron cartas muy pacíficas de los sultanes de Joló, Mindanao y Borneo, cuyos buques frecuentaban mucho los puertos filipinos en asuntos de comercio, atendiéndoles admirablemente el señor Aguilar.

Es digno de observar que al tratarse del canje de uno de los prisioneros hechos por los moros, á cambio de cuatro joloanos, dijeron que ellos no daban un vivo por cuatro muertos, pues tales consideran á los que se dejan prender.

Un hecho de inaudita alevosía, cometido por los malayo-mahometanos, pondrá una vez más de relieve su salvajismo y carencia de honor. Habíase internado en tierra de aquellos el ganado perteneciente á la guarnición de Zamboanga, y el gobernador de la plaza dispuso que el teniente de marina D. Pantaleón Arcillas fuera á recogerlo, seguido de un sargento, ocho soldados y un guía, habiendo obtenido previamente un salvoconducto del sultán y el auxilio de seis moros dependientes

del datto de Coroan, á cuya jurisdicción pertenecía la dehesa (Setiembre de 1796). Detuviéronse á comer en la casa de un orancaya de Tangaban, y cuando más descuidados estaban se echaron sobre ellos 60 moros, los desarmaron y condujeron ante el datto del pueblo de Sibuguey. Durante tres días les infirieron horribles tormentos, puestos de cabeza en un cepo al sol, en sitio lleno de hormigas enormes. Ultimamente ataron á Arcillas al tronco de un árbol; lo fueron desollando poco á poco, y al cabo de dos horas de tan cruel martirio fué muerto á cuchilladas, poniendo el pellejo de este infeliz en el asta de una bandera como trofeo de tan cobarde asesinato. A los demás acompañantes los conservaron esclavos. Semejante acto de bárbara crueldad no obtuvo la debida reparación y castigo, pues si bien salieron contra los malvados de Coroan algunas fuerzas y les echaron á pique siete embarcaciones, no cayó sobre los cobardes asesinos el peso de la justicia, como sobradamente merecían, y su crimen quedó impune.

En 1797 atacaron los moros varios pueblos de la provincia de Caraga. En su persecución salió D. Juan Manuel de Elgóibar, de orden del alcalde mayor de la provincia. Los moros se habían guarecido en la isla de Jiboson. Encaminóse allá y los batió, cogiéndoles tres pancos grandes llenos de efectos, fruto de sus piraterías, y 24 cautivos que llevaban. También el valeroso Don José Gómez, por su parte, no se daba un instante de sosiego persiguiendo incesantemente á los piratas.

En dicho año llegó á Manila la escuadra más poderosa que había visitado aquel puerto. La mandaba el ilustre general D. Ignacio María de Alava. Reuníanse entonces en Filipinas tres navíos de 74: el *San Pedro*, el *Montañés* y el *Europa*; cinco fragatas de guerra: la

Cabeza, la *María*, la *Lucía*, la *Fama* y la *Pilar*; 33 lanchas cañoneras, 18 obuseras para obuses de seis pulgadas, 10 para obuses de tres y cuatro, y 6 bombarderos para morteros de aplaca, sin contar otras muchas falúas y embarcaciones de los arsenales de Cavite y la Barraca.

Excelente ocasión fué aquélla para conquistar definitivamente los sultanatos de Mindanao, Joló y Borneo, destruyendo para siempre esos focos de piratería; pero no se hizo por el temor de que los ingleses aparecieran sobre la capital ó por consideraciones de otra índole, regresando la escuadra á España el 6 de Enero de 1803, sin que la estancia en el país de esos buques fuera benéfica, habiéndolo podido ser en tanto grado.

Alava sostuvo grandes polémicas con Aguilar acerca de los abusos que se cometían en los arsenales de Cavite y la Barraca (1).

En 1798, unos 500 moros á bordo de 25 pancos, donde iban 800 esclavos como remeros, invadieron los pueblos de Baler, Casiguran y Palanan, situados en los montes Caraballos, los cuales constituían las antiguas misiones de Ituy, entonces de la jurisdicción de Tayabas. Iglesias, casas y árboles fueron reducidos á cenizas. Cautivaron 450 personas, entre ellas á los párrocos de los tres pueblos; presa codiciada, porque les aseguraba un buen rescate.

El cura de Casiguran fué vendido por 2.500 pesos en Binangonan. Estos piratas hacía cuatro años que estaban establecidos en Burias, desde donde hostilizaban

(1) El 4 de Julio de 1806 participaba Aguilar al Rey que tenía acordado con el general Alava obrar formalmente contra los moros, pero que no pudo efectuarlo por los apremios de la guerra.

constantemente á los pueblos vecinos, sufriendo infinitamente los de Bondo, Abac, Taragua, Calolbong, Catanduanes, Capalonga, Mambulao, Capiz, Sibuyan, Baler, Casiguran, Palanan y Santor.

El capitán de fragata D. Salvador Meléndez salió contra ellos el 25 de Julio, yendo á Basilan, donde logró hacerles bastante daño.

El datto Mamananga, hermano del sultán de Joló, y su sobrino Mantol, se apoderaron por sorpresa en el mismo año de la goleta mercante *San José*, fondeada en Tawi-Tawi, sacrificando inhumanamente á parte de su tripulación, atraída bajo la fe que les inspiraba la categoría de aquellos dattos.

Habiéndose remitido en consulta al inteligente marino Sr. Barcáiztegui el expediente general de la piratería, donde se habían acumulado infinidad de antecedentes, redactó un informe á bordo de su fragata el 1.º de Enero de 1799, aconsejando que la persecución contra los piratas se hiciese por las fuerzas locales de las provincias, dirigidas y auxiliadas por el gobierno. Con este informe y el del asesor general se formó una instrucción, que fué remitida á los alcaldes mayores de las provincias, con orden de que enviasen copia á cada uno de los pueblos de su jurisdicción (1).

(1) "Por ella los gobernadorcillos quedaban con sus personas y bienes responsables de los cañones, fusiles y efectos de la guarnición del pueblo, que se debían entregar unos á otros con inventario autorizado por el párroco. Cada cuatro meses se había de hacer un reconocimiento firmado del gobernadorcillo y testigos acompañados, así del estado de los efectos y municiones como de lo que se hubiese consumido en cualquier función de guerra, todo certificado por el fraile, á quien se rogaba y encargaba tuviese á bien remitirlo directamente al gobierno, pues como única persona de celo y carácter se le fiaba esta diligencia tan interesante al bien común de las islas. ¡Qué ofensa para los alcaldes! pero

En 1800 escribió Aguilar á Panguiran Bandajar, sultán de Borneo, brindándole con paz y amistad, á fin de establecer relaciones comerciales. Éste le contestó muy afectuosamente, aceptando su proposición, de cuya carta fué portador su escribano Aliacban y su capitán

castigo digno de su mala conducta, que el Sr. Barcáiztegui en su informe había pintado tal como era.

„Con menos prudencia se advertía asimismo que si algún arma, cañón ó municiones se extraía de su depósito, aunque fuese por el alcalde mayor ó por su orden, sería despojado el gobernadorcillo de su vara, privado por cuatro años de tener ninguna de justicia y multado en 50 pesos, ó en caso de insolvencia remitido á la capital á los trabajos de las calles por seis meses; si bien se preveía la debilidad ingénita de estos pobres funcionarios y el abuso de aquéllos, disponiendo que si á pesar de su resistencia lo extrajese el alcalde mayor, diera cuenta al gobierno inmediatamente, único modo de libertarse.

„A cada alcalde mayor que extrajese del pueblo cañones ó armas de su dotación bajo cualquier pretexto, se le multaba por cada cañón en 300 pesos, por cada fusil en 100 y por cada bala y libra de pólvora en 50, y si fuese para servicio propio ó de su comercio, doble. Y como también solían y aun suelen, á pesar de todo, echar los alcaldes mano de los soldados de su provincia para guarnecer sus embarcaciones ó labrar sus campos, se les imponía otra multa de 50 pesos por cada soldado.

„Los pueblos, entre tanto, habían celebrado sus juntas para tratar sobre esta eterna materia del curso, en cumplimiento de orden superior, y acordaron los de la cabecera de Albay construir á su costa una lancha tripulada con 30 hombres, los cuales sirviesen en la guerra libres de tributo y de polos y racionados mientras estuviesen á bordo. Los de Palanas acordaron construir un panco tripulado por 29 hombres; los de Biras, otro con 25; los de Bato, en la isla de Catanduanes, un parao con 25 hombres; los de Caramoran, otro parao con 20; los de Payo, otro parao con 24 hombres; los de Tambogon, otro parao con 20 hombres; los de Biga, otro parao con 30; los de Pandan, un parao con 20; los de Bagamanoc, otro con otros 20; los de Tabgon, por su suma pobreza y cortedad de vecindario, no pudieron ofrecer ninguna embarcación; los de Caramoan, tampoco; los de Lagonoy, ofrecieron una vinta con 40 bogas fuera de los oficiales; los de Tavi, otra vinta con 15 hom-

Panguilinan Aer, yendo con dos pancos cargados de efectos.

El 15 de Julio de este año falleció el incansable perseguidor de los piratas D. José Gómez, cuya muerte fué un fausto acontecimiento para los piratas, que tanto daño habían recibido de él.

bres; los de Malanao, á pesar de su situación local distante de la mar como 150 brazas, defendidos por varios fuertecillos, ofrecieron tripular una vinta con 40 hombres; los de Bagacay, una vinta con 30 y un panquillo de convoy tripulado con 20; los de Libog, un parao con 20 hombres; los de Bulusan, dos lanchas tripuladas por 30 hombres cada una, sin contar los oficiales; los de Gubat, ofrecieron también dos lanchas de media cubierta, tripulada cada una por 30 hombres; los de Casiguran ofrecieron dos pancos, y D. Agustín Campuzano, vecino del mismo pueblo, una lancha, todos tres buques tripulados por 90 hombres; los de Juban acordaron construir un panco y una vinta, con 40 hombres de tripulación el primero y la segunda con 25; los de Bacon, una vinta con 35 hombres; los de Sorsogon, que tenían una vintilla y falúa bien armadas y tripuladas, las tuvieron por bastantes para defenderse; los de Guipia otorgaron construir un panco y tripularlo con 25 hombres; los de Donzol, una vinta con 30; los de San Jacinto, una vinta con 35 hombres; los de Molo, en la isla de Masbate, una vinta tripulada con 20 hombres, y los de Buseno otorgaron tripular un casco con 24.

„Para armar estas embarcaciones y guarnecer algunos castillejos solicitaban cinco cañones de bronce de á 8, dos de á 6, cuarenta y seis de á 4, sesenta y ocho de á 2, cincuenta de á 1, diez y nueve de medio y 357 fusiles. La regulación que hicieron los oficiales reales de lo que podría costar todo este armamento, ascendió á 20.699 pesos, y dijeron en su informe que las armas blancas y de fuego, especialmente los fusiles, se inutilizaban en provincias por falta de un armero que las compusiese con facilidad; y así, en el caso de que aquellos pueblos fuesen socorridos con el todo ó parte de las que pedían, era indispensable la creación de un maestro armero, que sería mayor el ahorro que de eso resultaría que el sueldo con que pudiera dotársele. Con la contribución de vintas establecida en 1782, aunque sólo la pagaban las provincias de Bulacan y la Pampanga, se creyó poder hacer frente á las circunstancias.„—(*Guerras piráticas de Filipinas.*)

Nuevamente ocuparon los ingleses á Balambangan en 1803, no sin hostilizar antes á la plaza de Zamboanga, de donde fueron rechazados con grandes pérdidas.

En aquel punto había tres buques de la Compañía de la India; uno del gobernador, con batería corrida y artillería de 12 hasta 18, y cinco buques particulares. Constaba la guarnición de 300 blancos, entre soldados, artilleros, etc.; 700 cipayos, con oficialidad europea; 200 chinos, y varias familias de malabares y malayos de Malaca. En tierra plantaron seis obuses de 36, 16 cañones de campaña de á 6 y 4, 16 cañones chicos de distinto calibre, y tenían considerable cantidad de municiones en un buque allí fondeado.

Poco después abandonaron la mayor parte de estas fuerzas á Balambangan para ir á Batavia.

En Abril de 1804 llegó á Manila el capitán de fragata D. Ramón Ortiz y Otáñez, con el cargo de comandante de la marina corsaria, saliendo algunas armadillas contra los moros.

Los buques ingleses recorrían constantemente nuestras costas. En 1804 una fragata inglesa de 44 dió caza á la francesa de 38, la *Simillant*, cuyo comandante, M. Motard, se había prestado á los deseos de Aguilar de ir á Acapulco á por millón y medio de pesos que adeudaban aquellas cajas, pues los buques españoles no podían hacerlo á causa de los cruceros ingleses. La *Simillant* se acogió al fuerte de San Jacinto. Su batería la defendió, y la fragata inglesa tuvo que retirarse muy maltratada. El cura del pueblo, D. José Narváez, fué quien dirigió el fuego, enviando á Manila, como trofeo, cien balas enemigas. En 1805 intentaron de nuevo los ingleses probar fortuna, desembarcando en varios pue-

blos de la costa próximos á Zamboanga, aunque sin éxito favorable.

El gobernador de la plaza, D. Francisco Bayot, ajustó paces, en 4 de Noviembre de 1805, con el sultán de Joló, Mahamad Aunanodin, las que fueron ratificadas por Aguilar (1).

Por este tratado se estipuló que el sultán no permitiría en sus dominios la residencia de ningún extranjero sin consentimiento del gobierno español, y que en caso de guerra el sultán cerraría sus puertas á los enemigos de España, á cuyo fin se le avisaría de cualquier rompimiento que hubiese con otra nación.

Los ingleses, después de incendiar el pueblo y la fortaleza, abandonaron á Balambangan el 15 de Diciembre de 1806, sin duda por lo insignificante de dicha isla (2).

Aguilar murió el 8 de Agosto de 1806. Sus trece años de gobierno los pasó en juntas, proyectos, planes, disputas y cabildeos, sin hacer nada positivo, no obstante el haber contado con suficientes medios, y el excepcional de la escuadra de Álava.

Las cuestiones con la marina y la amenaza de una invasión inglesa, contribuyeron, seguramente, á tan sensible resultado.

(1) El negociador de este tratado fué un cabo mejicano que, hallándose extinguiendo en Zamboanga una condena de cuatro años como desertor del regimiento del Rey, se pasó á Joló, en cuyo sultanato ejercía las funciones de secretario de Estado con los honores de datto de primera clase. Llamábase José Ponciano Enríquez. Es frecuente en las relaciones con Joló ver interviniendo en tan graves asuntos á sujetos de la más baja estofa.

(2) En 1811 ocuparon el bien situado puerto de Singapoore, hoy el más importante, por su tráfico, de aquel extremo de Oriente.

CAPÍTULO XXV.

Breves años de paz desde la muerte de Aguilar.—Proyectan los piratas apoderarse de Zamboanga, sin lograr su intento.—Trata el ex-gobernador inglés de Java ocupar á Joló y Mindanao.—Desiste ante la protesta del gobernador de Filipinas.—Depredaciones de los joloanos según M. Hunt.—Victorias sobre algunas armadillas piratas.—Estragos de los moros en Visayas y Calamianes.—Cautivan al provincial de recoletos.—La orden lo rescata por 10.000 pesos.—Feliz expedición del capitán Morgado contra los malayo-mahometanos.—Manifestación del general Martínez acerca de las incursiones piráticas.—Nuevas correrías de los moros y consiguientes expediciones.—Tratado de comercio con el sultán de Joló en 1836.—Creencia del ministro de Marina á propósito de este tratado.—Convenio con el ré-gulo de Maluso.—Opinión del general Camba.—Ordena el general Alcalá elegir sitio para el establecimiento de un fuerte en Basilan.

Desde la muerte de Aguilar hubo algunos años de paz, sin que por eso dejaran de hacer los piratas pequeñas excursiones. Las fuerzas españolas, á su vez, permanecieron casi inactivas.

En 1813 trataron los piratas de Joló y de Basilan apoderarse de Zamboanga, pero se estrelló su audacia, como otras veces, ante la vigilancia y denuedo de este valeroso pueblo. Las escuadrillas moras, diseminadas por todas las islas vecinas, pudieron capturar á la lancha *Teresa* y al patache *Matilde*, que conducían caudales del Estado. También en las costas de Camarines apresaron varios buques mercantes.

Inglaterra se vió precisada en 1814 á devolver á Holanda la isla de Java, cuya usurpación cometiera tres

años antes. El ex-gobernador de la referida isla concibió el proyecto de ocupar á Joló y Mindanao, vendiendo al gobernador y comandante general de Zamboanga como fineza á España dicho plan, á cuyo fin le dirigió una intencional comunicación, pidiendo su cooperación para el logro de su propósito (1).

El gobernador de Filipinas, á quien el de Zamboanga trasladó el consabido escrito, contestó á Sir Raffles protestando de cuantas operaciones hubiera practicado ó en lo sucesivo practicase sobre las islas pertenecientes á España, bastando esto para que desistiera de toda tentativa en el sentido expuesto.

En 1815, las depredaciones cometidas por los moros durante seis meses que permaneció en Joló M. Hunt, según escrito publicado por éste, fueron:

Un bergantín español; 20 embarcaciones pequeñas

(1) "Excmo. Sr.: Los males que han cometido los piratas en el mar del E. en estos últimos años, han puesto al gobierno inglés en la necesidad de dar un castigo público al estado de Sambás, y denunciar venganza á todos los puertos que en adelante abriguen piratas. Los piratas de Mindanao se consideran muy formidables, y se han destinado dos fragatas de guerra para Mindanao y Joló, con el fin de hacer saber las intenciones de este gobierno. Para verificar el deseado objeto de extirpar la piratería, se ha creído conveniente establecer en Joló una autoridad europea, y en su consecuencia, M Hunt va destinado con el cargo de una ventura mercantil (agente comercial). Debo pedir la cooperación de V. E. en todas las operaciones que se crean convenientes para llevar adelante la extirpación de la piratería, y asegurar á V. E. que me creo honrado con cualquier comunicación ó informe sobre el particular. Tengo la satisfacción de incluir á V. E. las últimas *Gacetas* de esta plaza, que contienen la gloriosa noticia de haber sido enteramente arrojados de España los franceses, y espero que se sirva aceptar mis sinceras congratulaciones por tan importante y agradable concepto.—Samarang 20 de Enero de 1814.—Tengo el honor de ser, señor, de V. E. muy obediente y humilde servidor.—Juan Sr. Raffles.,

apresadas en el Archipiélago filipino; 1.000 cautivos en las islas españolas, que vendieron en Joló como esclavos; un gran buque del comercio de Macasar; un capitán de un buque holandés, rescatado por el capitán Peters del bergantín *Thainstone* por 1.200 pesos; cinco ó seis buques pequeños, con bandera inglesa, apresados en el mar de las Molucas, y la tripulación de un buque inglés que estaba haciendo aguada á 12 millas de Joló, del bergantín de M. Lacherston, de Bengala. El P. Cuarterón pone en duda la verdad de este aserto.

El 26 de Octubre de 1816, los oficiales Hanterman y Blanco, á las órdenes de D. Pedro Esteban, tuvieron un encuentro con los mahometanos, logrando derrotarlos con pérdida de 32 pancos. El gobernador de Zamboanga, Mayoni, se aprovechó de esta circunstancia y penetró en Basilan. La división que mandaba el referido Esteban sostuvo en 1818 un combate naval con los moros en las costas de Albay, y les apresó 9 pancos, echándoles á pique 14 embarcaciones menores, en las que perecieron muchos mahometanos.

El 9 de Julio de dicho año cogieron los piratas en Catanduanes una lancha y un parao de guerra que conducía el Real haber. Otros dos paraos capturaron el 2, de la provincia de Albay, asolando varios pueblos de ésta y de Camarines.

Por los meses de Abril y Mayo de 1823, gobernando las islas el mariscal de campo D. Juan Antonio Martínez, invadieron los piratas las provincias de Visayas y Calamianes, y cautivaron sobre 200 personas en las islas de Daulig, Dumaran, Calanag, Canipo, Visacay, Coron, Culion y las islas Talaos.

Practicando su visita regular y diocesana en dicho año el provincial de los recoletos Fr. Pedro de Santa

Eulalia, fué capturado por los piratas con un hermano de religión. La orden á que pertenecían tuvo que abonar por el rescate de ambos 10.000 pesos.

Con fecha 6 de Junio decía al gobierno aquel religioso que las irrupciones de los moros amenazaban el total exterminio de los habitantes de las Visayas é islas adyacentes.

A consecuencia de esto dispuso el general Martínez que se alistara una escuadra de dos galeras, cuatro lanchas cañoneras y seis falúas, seguidas de otros buques de transporte, con municiones y abastecimientos, cuyo mando encomendó á D. Alonso Morgado. Esta escuadra se hizo á la vela desde el puerto de Cavite el 29 de Febrero de 1824. A su bordo iba una compañía de tropa, á las órdenes del capitán D. Andrés Jiménez. En Zamboanga se les incorporaron dos lanchas y tres falúas.

Llegada al puerto de Pilas (21 millas al O. de Basilan), tomó por asalto su fuerte, causando á los moros 50 muertos, entre los cuales había tres afamados dattos, uno de ellos el terrible Ipoypo, azote del visaísmo, porque él solo cautivaba al año sobre 500 personas. En Joló destruyeron los expedicionarios cuantas embarcaciones encontraron, haciendo extensiva esta medida de rigor á las casas, árboles y sembrados, no sólo de dicha isla, sino también de las costas de Sibuguey, Dumanquilas, bahía Illana, Pollok y otras de Mindanao, venciendo la tenaz resistencia de los moros.

Las pérdidas de los nuestros fueron escasas, pero uno de los muertos, víctima de su arrojo, fué el capitán Jiménez (1). Otra expedición mandó Morgado, compues-

(1) Parte oficial del general Martínez al secretario de Estado y del Despacho universal de Marina, fecha 31 de Enero de 1825, relativo á la expedición de Morgado.

ta de 4 lanchas y 6 falúas para atacar á 70 pancos moros que, con más de 20 barotos, estaban pirateando por el estrecho de San Bernardino.

El general Martínez decía al gobierno en 31 de Enero de 1825: «Las continuas piraterías de los moros en este archipiélago de islas; sus incursiones en los pueblos playeros; los cautiverios, muertes y apresamientos que ejecutan en los buques de cabotaje que navegan de unas á otras provincias..... son unos males permanentes y constantes, que jamás se han podido cortar por el gobierno de estas islas, á pesar de cuantas disposiciones se han inventado y puesto en ejecución.»

La opinión de este general era que debía atacárseles en sus propios establecimientos y repetir esta operación en estaciones oportunas.

El general D. Mariano Ricafort envió otra expedición á Joló en 1827. Componíase de 20 buques con 500 hombres de desembarco, el cual no tuvo efecto por la hábil defensa de los moros; pero recorrieron las costas de la bahía Illana y quemaron muchos pueblos, causando el mayor daño posible.

Desde esta época hasta 1836, los mahometanos duplicaron sus correrías, calculándose en más de 6.000 los indios cautivados en las provincias sometidas al gobierno de España, sin que nuestras fuerzas hicieran otra cosa que defender las costas como mejor podían.

El brigadier D. Pedro Antonio Salazar, que interinamente desempeñaba el gobierno de las islas desde Setiembre de 1835, creyendo contener á los piratas con las ventajas del comercio, á pesar de las elocuentes enseñanzas contrarias que la historia de la piratería encierra, comisionó al capitán de fragata D. José María Halcón, comandante de las fuerzas navales de las aguas

de Zamboanga, para ajustar un tratado de comercio con el sultán de Joló, Mahamad Diamalud Quiram. Celebróse el 22 de Setiembre de 1836. Por él se estipuló que todo barco de tres palos que aportara á Joló con pasajeros chinos, procedente de Manila, debería pagar 2.000 pesos fuertes, y los buques menores, en proporción de su tamaño.

El cargamento más importante que fué de Manila á Joló nunca excedió de 2.500 pesos.

Los barcos de Joló que fuesen á Zamboanga deberían adeudar el 1 por 100, y los que entraran en Manila el 2 por 100, pero á Manila no solía ir ningún barco joloano. (Véase el Apéndice, pág. 43.)

En el discurso del trono que leyó la Reina gobernadora, le hizo decir el ministro de Marina, á propósito de este tratado, que era muy importante, porque casi todos los buques que iban á Filipinas tocaban en Joló. Esto revela el desconocimiento que en general se tiene de aquellos países (1).

El gobernador de Zamboanga, á su vez, celebró otro tratado con el régulo de Maluso, distrito perteneciente á Basilan.

Esta impolítica medida, lejos de producir resultados beneficiosos, hizo aumentar la osadía de los piratas,

(1) A uno de los negociadores de dicho tratado le valió un ascenso, y á otro la gran cruz de Isabel la Católica.

En Real orden de 24 de Abril de 1837, suscrita por Mendizábal, como ministro de Marina, de comercio y gobernación de Ultramar, decía al gobernador capitán general de Filipinas: "Ha sido asimismo grato á Su Majestad el tratado de comercio celebrado por V. E. con el sultán de Joló, cuyo expediente, relativo á las contestaciones que hayan mediado sobre este punto y bases sobre que se haya firmado dicho tratado, deberá V. E. remitir para conocimiento de S. M.,"